

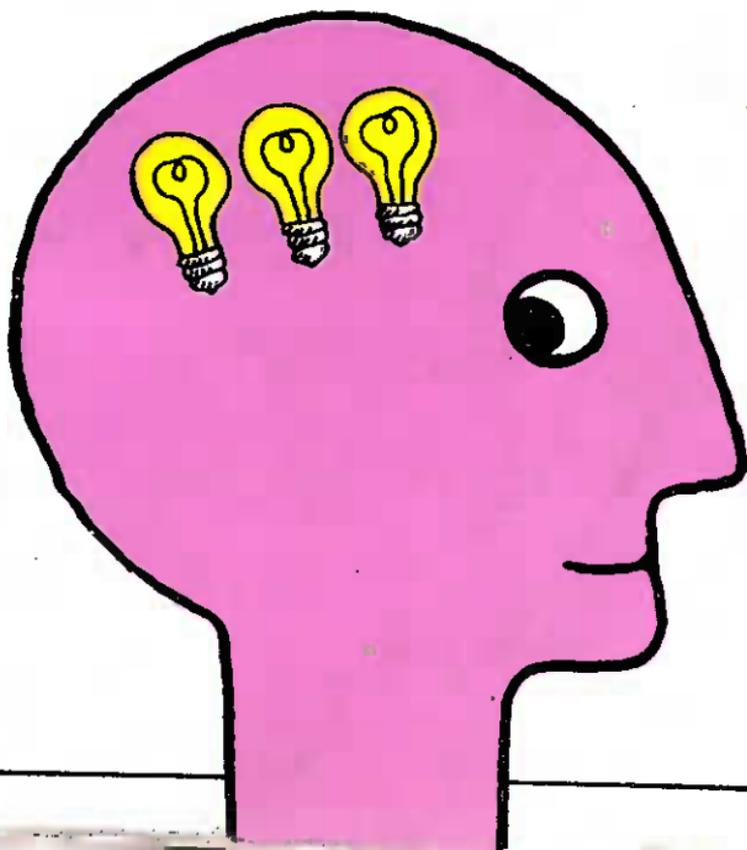
# QUE ES

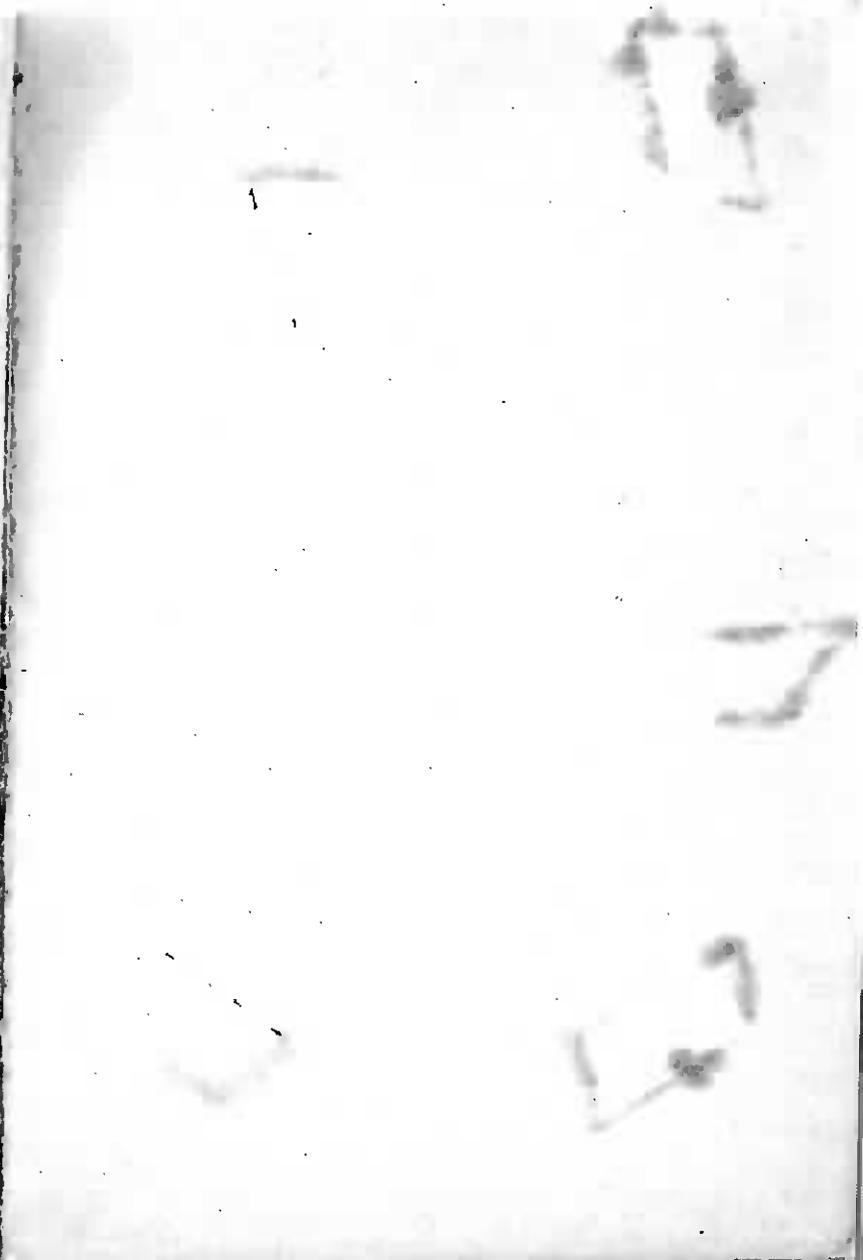
## la teoría marxista del conocimiento

M. Rosental



EDICIONES QUINTO SOL





**M. ROSEN TAL**

**Qué es la teoría marxista  
del conocimiento**

**F. ENGELS**

**Estudio sobre la Historia  
del Cristianismo Primitivo**

EDICIONES QUINTO SOL S.A.  
ZACATECAS 229-404  
MEXICO. D.F.

IMPRESO EN MEXICO

Es bien sabido cuán enorme es el papel que desempeña el conocimiento en la vida de los hombres y en la de la sociedad. Para existir y mejorar su nivel de vida los hombres tienen que dominar a la naturaleza, remodelándola, lo que es imposible sin conocer el mundo circundante.

La importancia del conocimiento para la vida humana se torna aún más evidente si comparamos al hombre con el animal, puesto que éste logra seguir viviendo sólo gracias a los medios de subsistencia que le brinda la naturaleza y que encuentra en derredor suyo, como plantas, frutos u otros animales aptos para su alimentación; pero el animal no puede modificar la naturaleza ni obligarla a servir a sus objetivos.

Para actuar sobre la naturaleza y subordinarla a sus requisitos no bastan los órganos NATURALES de que están dotados los animales. Mediante sus patas, garras y dientes pueden aprovechar los medios de existencia que encuentren, pero no están capacitados para CREARLOS. Para ello se necesitan instrumentos artificiales. Sin embargo, ningún animal es capaz de confeccionar el más simple, siquiera, de los instrumentos artificiales. En el mejor de los casos, un mono puede agarrar un palo para bajar una fruta del árbol, pero ni ese palo lo hace, sino que lo encuentra tal cual.

El hombre, al procurarse los medios de vida, no está limitado a sus órganos naturales, sus manos o sus pies. El hombre difiere del animal principalmente por su capacidad de CREAR sus medios de producción. Los instrumentos de trabajo más rudimentarios son el martillo, el hacha y el arado de madera; más complicados son el arado de hierro, las máquinas, la maquinaria. Sólo mediante tales implementos consigue el

hombre dominar la naturaleza, la modifica, le hace producir las plantas que quiere, aprovecha la fuerza del viento y del agua y extrae los minerales de las entrañas de la tierra.

El trabajo, es decir la acción sobre la naturaleza mediante instrumentos artificiales con el fin de producir nuevos medios de subsistencia, desempeña un papel importantísimo en la vida del hombre y sin él no habría posibilidad de supervivencia para la sociedad humana.

En las actividades del trabajo no se da un paso adelante sin conocimientos. El objeto más simple no se puede fabricar sin saber cómo transcurre el proceso del trabajo, y si se desconocen las propiedades de los materiales empleados.

Ahora cada niño sabe cómo se hace el fuego, pero en tiempos de la remota antigüedad no se sabía; se carecía de fuego y se sufrían terribles privaciones; se padecía frío. Transcurrió bastante tiempo hasta que se aprendiera a encender fuego y aprovecharlo.

Desde que el hombre aprendió a utilizar el fuego, pudo, gracias a su trabajo, penetrar más y más hondo en los misterios de la naturaleza. El trabajo le ayudó a interpretar las fuerzas naturales. A su vez, el entendimiento le facilitaba un dominio siempre mayor de esas fuerzas que sometía a su voluntad, alcanzando así mayor éxito en su trabajo.

Si es tan importante el conocimiento, es por ende importante saber QUE ES el conocimiento, cómo adquiere el hombre el entendimiento del mundo que lo rodea y cómo se verifica si nuestros conocimientos son correctos. Para el cabal conocimiento del universo es muy importante que el entendimiento de estas cuestiones sea justo, así como la solución de ellas, ya que una solución errónea impide y entorpece ese conocimiento.

Todas estas cuestiones hallan una contestación adecuada únicamente en la teoría marxista del conocimiento, cuyas ponencias básicas trataremos de exponer en el presente folleto. La teoría marxista del conocimiento o la gnoseología es parte importante de la

ciencia filosófica que se denomina MATERIALISMO DIALECTICO.

Entre todos los problemas de la teoría del conocimiento se destaca la cuestión de si el hombre tiene aptitud para conocer el universo y si éste es cognoscible. De la correcta solución de esta cuestión dependen las demás, por lo cual empezaremos por ella.

## ¿TENEMOS LA FACULTAD DE CONOCER CORRECTAMENTE EL MUNDO QUE NOS CIRCUNDA?

Cualquiera, basándose en su experiencia propia, dirá sin vacilar: sí, tenemos la capacidad para conocer y conocemos los fenómenos que nos circundan.

Sin embargo, por más extraño que parezca, hace muchos siglos que siguen las acerbas discusiones al respecto entre los filósofos. Algunos consideran que el mundo es incognoscible, que no podemos saber nada de las cosas. Estos filósofos se llaman "agnósticos" (agnosticismo: del griego "a"=no; "gnosis"=conocer) y el agnosticismo es una de las formas de la filosofía idealista. Todo agnóstico es un idealista; pero, ¿qué es la filosofía idealista?

Desde hace mucho tiempo, durante siglos y aun milenios, se desarrolla una lucha entre dos campos opuestos de la filosofía, entre dos tendencias radicalmente contrarias: el MATERIALISMO y el IDEALISMO.

Los materialistas y los idealistas contestan de manera diferente a la cuestión básica y principal de la filosofía: ¿qué es lo primario en el mundo, y qué lo secundario —la materia, la naturaleza, o la conciencia, el pensar? ¿Es la conciencia, la idea la que engendró a la materia, a la naturaleza, o, al contrario, es la materia la que engendró a la conciencia, a la idea?

Este problema es cardinal porque de su respuesta depende la manera de abordar todos los demás problemas de la ciencia o de la actividad práctica. Tal solución o tal otra determina diferentes puntos de vista sobre el mundo en conjunto.

La filosofía idealista es la que considera como lo primario a la conciencia, al espíritu, mientras considera a la materia, a la naturaleza, como lo secundario, dependiente de la idea, de la conciencia. En su esencia, la doctrina idealista poco difiere de la religión, de la fe en Dios. Así como la religión enseña que Dios creó la tierra, los mares y los océanos y todo el mundo vivo, incluso el hombre, los idealistas afirman también que la naturaleza es un producto de una fuerza espiritual, sólo que sustituyen a Dios por una "idea", un "espíritu".

Desde el punto de vista de los idealistas, también la vida social de los hombres, así como los usos habituales que rigen a la sociedad —dependen de la voluntad del hombre y de sus ideas; parecería que son las ideas del hombre las determinantes del orden social. Ya sea que vivan los hombres en una sociedad capitalista o en una socialista, ello se explica, según la teoría de los idealistas, únicamente por la voluntad humana, por las opiniones y la conciencia.

Los filósofos materialistas se oponen al idealismo. Apoyándose en la ciencia, en la realidad de las cosas, demuestran que lo primario está en la materia, en la naturaleza, y lo secundario en la conciencia, la idea, que son productos del desarrollo de la materia. Por eso mismo se llaman materialistas, porque consideran como lo primario la materia y no las ideas. En plena concordancia con la ciencia, consideran a la materia eterna e infinita. La materia, la naturaleza, existía ya cuando aún no existía el ser humano pensante ni tampoco ningún otro ser viviente y por lo tanto no podía haber ninguna clase de conciencia y ninguna idea.

La filosofía marxista es materialista, porque el marxismo defiende con firmeza este único punto de vista acertado sobre el universo. El marxismo aborda materialísticamente la explicación de la vida social demostrando que también en el desarrollo de la socie-

dad lo primario y lo decisivo está en el orden material de la vida humana. La existencia de tal o cual régimen social no depende de la voluntad, sino de las condiciones materiales de la vida de la sociedad.

El problema en cuanto a lo primario o lo secundario no es más que uno de los aspectos de los campos opuestos, pero hay también otro que suscita lucha entre materialistas e idealistas. Se trata de la cognoscibilidad del mundo, de si el hombre tiene la aptitud para conocer al mundo circundante, de si puede formarse, mediante sus sensaciones, una correcta concepción de la realidad circundante.

Es característica de la filosofía idealista la negación de la cognoscibilidad del mundo. Aunque hay idealistas que no refutan la aptitud del hombre para conocer las propiedades reales de las cosas, afirman también que el hombre no llega a conocer la naturaleza ni la materia, sino a cierto espíritu misterioso e invisible, supuesto creador de la naturaleza y esencia de todas las cosas.

En cuanto a los idealistas contemporáneos que se presentan en los países capitalistas, casi todos son agnósticos —es decir que predicán la incognoscibilidad del mundo.

También en relación con este problema luchan los materialistas contra la filosofía idealista de los agnósticos. La filosofía materialista reconoce que los hombres tienen la facultad de conocer el mundo y lo conocen, y en eso reside su rasgo principal. Toda la experiencia humana, así como los enormes progresos científicos, confirman la justeza de la filosofía materialista y refutan las teorías idealistas. Si éstas siguen defendiendo hasta hoy día su plataforma ya inestable es solamente porque las apoyan las clases explotadoras de los países capitalistas.

El Estado burgués apoya a los idealistas en su lucha contra la única concepción científica del mundo. Se entiende por qué. Para mantenerse en el poder, la burguesía trata de que el pueblo permanezca en la oscuridad y en la ignorancia, lo que consigue no sólo por la violencia, sino también por medio de la intoxicación religiosa e idealista. Cuanto peor vayan los

asuntos de la burguesía, cuanto más enérgicas sean las manifestaciones populares contra el capitalismo, tanto más se recurre a la ponzoña idealista, en la lucha contra los trabajadores.

Para el mejor entendimiento de los métodos de que se valen los agnósticos con el fin de demostrar su teoría completamente falsa sobre la incognoscibilidad del mundo, imaginemos un diálogo donde uno defiende la filosofía científica materialista y el otro el punto de vista agnóstico.

**MATERIALISTA:** Ud. afirma que los hombres son incapaces de conocer el mundo que nos circunda; pero conteste una pregunta muy simple. Veo un árbol. ¿Acaso puede haber duda alguna de que veo un árbol? ¿Cómo puede negarse caso tan evidente?

**IDEALISTA:** Por más evidente que parezca, Ud. se equivoca, ya que solamente le parece ver un árbol real. En realidad, se trata de sus sensaciones e imaginaciones respecto al árbol. El hombre no puede conocer nada más que sus propias sensaciones. ¿Qué es lo que Ud. imagina respecto al árbol? Es la sensación del color de las hojas, la sensación del ancho del tronco, la sensación de la disposición de las ramas, etc. Al imaginar un árbol, Ud. no tiene nada más que estas sensaciones.

**MATERIALISTA:** Supongamos que así sea; pero ¿de dónde tiene el hombre estas sensaciones? ¿Acaso no está claro que si no hubiera árbol, tampoco lo imaginaria el hombre? Por ende se trata de que el árbol existente sin que yo lo sepa provoca en mí determinadas ideas y estas nociones no me engañan: en realidad veo un árbol real.

**IDEALISTA:** No, no es así. El hombre está dotado solamente de sensaciones y no puede conocer nada fuera de ellas. Es imposible solucionar la cuestión de si nuestras sensaciones reflejan al árbol o no.

**MATERIALISTA:** Usted no ha dado la respuesta a mi pregunta: ¿qué es lo que produce mis sensaciones y mi imaginación respecto al árbol?

**IDEALISTA:** Repito que es difícil, si no imposible contestar. Quizás existan cosas reales, además de nuestras sensaciones, que las provocan, como por ejem-

plo los árboles; pero aunque lo reconozcamos, el asunto queda en pie. No podemos saber lo que es un árbol en la realidad, porque no podemos ir más allá de nuestras representaciones.

**MATERIALISTA:** Si desde su punto de vista no podemos saber nada de las cosas en sí, ¿cuál es el sentido de reconocer su existencia real? ¿No sería más correcto interpretar su punto de vista afirmando que no hay nada fuera de las sensaciones del hombre, que existen sólo sensaciones respecto al árbol, pero que no hay árbol ninguno?

**IDEALISTA:** Bueno, en realidad, existen sólo mis sensaciones respecto al árbol pero no el árbol mismo... ¿Por qué sonrío Ud?

**MATERIALISTA:** Al escucharle, tuve la idea de que conversando conmigo Ud. ha de dudar también de mi existencia. En conclusión franca y honesta de su punto de vista, cada hombre debe razonar así: "Existo solamente yo; todo lo demás, el mundo entero —no es más que mis propias sensaciones; el mundo existe en tanto lo siento yo". Semejante cosa parece inconcebible para una mentalidad normal. Por eso es que sonrío...

Interrumpamos este diálogo imaginario. Al idealista agnóstico no le atribuimos ni un pensamiento que no suela expresarse por los filósofos idealistas.

Por supuesto, no todo idealista que sale en defensa de sus teorías tendrá la osadía de sostener que desde el punto de vista de su filosofía existe sólo él, y que todo el mundo circundante no es más que su propia sensación. Es un disparate demasiado evidente como para poder sostenerlo con éxito. Por eso los idealistas recurren al disfraz, para ocultar el verdadero sentido de su teoría. Sin embargo, por más que acudan a subterfugios, queda en pie el sentido de sus opiniones: sustituyen la naturaleza y todo el mundo circundante por sus propias sensaciones, las percepciones humanas.

Cabe decir que los ratiocinios expuestos son los que prevalecen entre los idealistas agnósticos de la filosofía burguesa contemporánea, cuando hablan de la incognoscibilidad de las cosas. En los países capitalistas, hay centenares de libros y artículos que di-

funden semejante mentira. Suele suceder que caen en la trampa idealista y verran el camino algunos destacados hombres de ciencia y sabios eméritos.

Entretanto, la doctrina idealista de los agnósticos es falsa desde el principio al fin. Si las cosas fueran tales como las pintan los agnósticos, la existencia humana llegaría a ser un milagro inexplicable. Si la naturaleza fuera un misterio oculto bajo siete sellos —¿cómo podrían los hombres someterla a sus requisitos? ¿cómo podrían procurarse el pan, fabricar máquinas, construir casas y protegerse contra las enfermedades?

El hombre cultiva la tierra, arándola, abonándola, sembrando. Cuando aparecen los primeros retoños los cuida, velando porque tengan suficiente humedad, aleja las malezas y sabe que el resultado de su trabajo será una cosecha.

¿Por qué será que el hombre tiene tanta seguridad al realizar todo este trabajo sin dudar de los resultados favorables?

La respuesta es completamente clara: lo hace porque conoce las propiedades de las plantas así como sus requisitos. La experiencia, repetida miles y decenas de miles de veces confirma su saber, lo perfecciona constantemente y ayuda al hombre en el aprovechamiento de las fuerzas naturales que pone a su servicio. Sin los conocimientos más rudimentarios de las propiedades del suelo, de las semillas, de las condiciones para el cultivo de las plantas, los hombres no podrían procurarse el pan.

El hombre quiere dar una forma determinada al metal y emprende la tarea con mano firme. Templada al metal hasta cierta temperatura, que conoce ya de antemano. El metal se funde y adquiere la forma que se le quiere dar.

En este caso, ¿qué es lo que permite al hombre proceder con tanta seguridad. Otra vez, son sus conocimientos de las propiedades del metal, así como de la temperatura de fragua de uno u otro metal.

Hasta hace poco las epidemias hacían estragos entre la población, la difteria, por ejemplo, era una enfermedad peligrosa para los niños y la medicina

encontrábase casi impotente ante esta dolencia. Pero, ya a fines del siglo pasado se descubrió que el agente patógeno se encontraba en el bacilo diftérico. Pronto se encontró un medio de lucha contra la enfermedad: la vacunación. Ahora, la difteria ha cesado de ser tan peligrosa para la niñez.

¿Qué es lo que demuestran los ejemplos citados? Comprueban que la naturaleza es cognoscible.

Confírmase esta deducción no solamente por la experiencia en la vida humana, sino también por la observación de la vida animal.

El gran sabio ruso I. P. Pavlov ha establecido una doctrina sobre la actividad nerviosa superior, en la que demuestra que los animales pueden existir sólo gracias a su adaptabilidad a las mutaciones en las complejas condiciones circundantes (en otras palabras, capacidad de reflejar las condiciones circundantes).

Por supuesto, no hay que confundir este reflejo de las condiciones de la vida en el cerebro de un animal con el conocimiento humano. Sobre los fundamentos de su actividad productiva, el hombre explica los fenómenos naturales, descubre las leyes que los rigen y crea teorías científicas. Ningún animal es capaz de hacerlo. Pero la vida de los animales sería imposible si en su cerebro no se reflejaran CORRECTAMENTE las propiedades de las cosas y del ambiente en que se encuentran.

En realidad, ¿podría el animal seguir existiendo si en vez de apartarse del fuego, se echara en él? O bien, ¿acaso no morirían de inanición si no poseyeran el instinto de buscar y encontrar su alimentación? Y ¿cómo sería posible la vida animal si no se les hubieran formado hábitos para percibir la proximidad de un enemigo, merced a una serie de indicios?

Sin embargo, los animales nacen sin muchos de esos hábitos que les permitan adaptarse a las más complejas condiciones de vida. Por supuesto, no hay necesidad de enseñarles a comer. Esto les es propio desde el nacimiento; pero no solamente con hábitos "listos", transmitidos por herencia de generación en generación, podrían conservar su vida los animales porque las condiciones en que caen después del naci-

miento son complejas y difíciles, además de ser inconstantes y a veces de rápida mutación. Estas alteraciones han de reflejarse correctamente en el cerebro de los animales, puesto que de otro modo no podrían adaptarse al medio ambiente.

Así es que hasta en el cerebro de los animales se reflejan correctamente las condiciones de vida. Qué vale, entonces, la ridícula teoría solipsista según la cual el hombre no puede saber nada fuera de sus propias sensaciones y percepciones.

**EL MUNDO ES COGNOSCIBLE —ES LA UNICA DEDUCCION QUE SE DESPRENDE DE TODA LA EXPERIENCIA DEL DESARROLLO DE LA SOCIEDAD HUMANA Y DE LOS GRANDIOSOS PROGRESOS CIENTIFICOS Y TECNICOS.**

Los idealistas agnósticos niegan la cognoscibilidad del mundo y coinciden así con la doctrina religiosa que inculca la impotencia del intelecto humano. Desde el punto de vista religioso, sólo Dios es omnisciente y omnipotente, mientras el hombre tiene que tener una fe ciega y resignarse a su destino. La religión exige que el hombre se incline ante la "omnipotencia" divina, considerándose a sí mismo un ser insignificante, nulo, miserable e incapaz de conocer la esencia de las cosas.

En eso mismo consiste el enorme daño causado por la teoría idealista de que no es cognoscible el mundo, porque desvaloriza la razón y la práctica humana y las desarma ante las fuerzas naturales. Esta doctrina repite la prédica religiosa de que el hombre ha de resignarse ante las fuerzas misteriosas e incifrables de la naturaleza y de la sociedad, mientras en sus actividades se deja regir por la regla: "¡Qué siga todo como va!" Semejantes ponencias son valdeoras para los explotadores, pero no sirven a los trabajadores.

No obstante el idealismo y la religión, la vida científica y práctica de los hombres ha demostrado que Dios y todas las fuerzas incognoscibles son inventos, y que sólo la razón y el trabajo humano en el sentido cabal de la palabra son todopoderosos.

Así llegamos a la conclusión de que **MEDIANTE SUS SENSACIONES Y PERCEPCIONES FUNDADAS**

**EN SU ACTIVIDAD PRODUCTIVA Y PRACTICA, EL HOMBRE TIENE LA FACULTAD DE CONOCER LA REALIDAD Y LA CONOCE.**

Surge la pregunta: ¿Cómo y de dónde surgen nuestras sensaciones, nuestras percepciones y qué es el conocimiento?

## EL CONOCIMIENTO ES EL REFLEJO DEL MUNDO EXTERIOR EN EL CEREBRO HUMANO

Los idealistas afirman que las sensaciones y percepciones son el resultado de la acción de cierta fuerza misteriosa que estaría dentro del hombre y que son creadas por el mismo hombre o engendradas por Dios.

El filósofo materialista francés del siglo XVIII Diderot se burló de este punto de vista idealista, comparando al hombre inventado por ellos que de sí mismo extrajera sus sensaciones, con un piano "loco". Esta acertada comparación ha sido aprovechada por Lenin en su lucha contra los enemigos de la ciencia. Lo citaremos para aclarar la cuestión.

El piano "normal" empieza a producir sonidos sólo cuando tocamos sus teclas. Supongamos que este piano "se imaginó" repentinamente que estos sonidos los produce independientemente. Será un piano loco.

Así los idealistas representan también al hombre cuyas sensaciones se producirían solas, independientemente del mundo exterior. Asimilan al hombre con el piano "loco", que ejecuta solo sus melodías.

En realidad pasa con las sensaciones humanas lo mismo que con un piano verdadero. Por supuesto no es más que una comparación condicional que se hace para mejor entendimiento. La formación de las sensaciones y percepciones humanas es incomparablemente

más compleja que la obtención de un sonido musical. Se trata de que así como el sonido aparece como resultado de haberse tocado las teclas, —así la sensación se produce a consecuencia de una acción exterior sobre el hombre.

¿Qué es lo que actúa sobre el hombre y cómo resulta la sensación?

Es la naturaleza y son las condiciones circundantes las que actúan sobre el hombre. Por ejemplo, vemos un bosque, sentimos el calor del sol, el fresco del aire, tocamos la superficie lisa de la mesa, oímos el lenguaje humano, escuchamos una melodía, etc. Sin existencia y sin que actúen sobre nosotros estas cosas y estos fenómenos no tendríamos representación de ella y no las podríamos imaginar.

Entonces, para que sean posibles las sensaciones, tiene que existir un mundo exterior que actúa sobre nosotros. En esa admisión de la existencia de un mundo exterior reside la diferencia radical entre la teoría del conocimiento materialista y la idealista.

Para percibir la acción del mundo exterior tenemos que poseer algún aparato especial, como teclas, que sea golpeado por la naturaleza. Son nuestros órganos sensoriales los que desempeñan el papel de ese aparato receptor.

Los animales también poseen órganos sensoriales. A medida que se desarrolla y complica un animal, van desarrollándose y complicándose sus órganos sensoriales. Claro está: los protozoos que viven en condiciones no complejas no necesitan para su existencia órganos sensoriales desarrollados. Otra cosa es, cuando se trata de animales superiores. Tuvieron un largo período de adaptación a las condiciones de vida más difíciles y así se formaron y se desarrollaron sus órganos sensoriales más complejos.

En consecuencia, los órganos sensoriales no son un don divino como lo inculcan el idealismo y la religión. Son el resultado de la adaptación de los seres vivos a las condiciones circundantes.

Ello explica por qué unos animales tienen algunos órganos más desarrollados que otros. Todo depende de las condiciones en las cuales vive el animal y en

las que vivieron su antepasados. Por ej. la lombriz no tiene órgano visual y sólo puede diferenciar si hay luz o no. Tampoco tiene órgano auditivo, pero por otro lado tiene tacto y olfato que le ayudan a buscar su alimento y a evitar los peligros, es decir aquellos órganos que necesita para su subsistencia. El ejemplo de las aves demuestra la íntima relación entre los órganos sensoriales y las condiciones ambientales. La vida en el aire no precisa alta perfección olfativa ni táctil, pero sería imposible sin un órgano visual muy desarrollado. Las aves de rapiña tienen la vista muy aguda, lo que les permite divisar su presa desde gran altura.

Al contrario, en los mamíferos, que viven en otras condiciones, más complejas que las aves, están más desarrollados los órganos olfativos, auditivos y táctiles, como por ejemplo los de un perro.

También el ejemplo siguiente contribuye a demostrar la influencia del medio ambiente sobre la forma y el desarrollo de los órganos: hay peces que nadan cerca de la superficie del agua y pueden ver, tanto por encima de la superficie como hacia la profundidad. Por ello, la parte superior de sus ojos está formada de manera que les permite mirar hacia arriba, al aire, mientras la parte inferior está adaptada para mirar al fondo.

Pero, por la riqueza de sus sensaciones, ningún animal puede compararse al hombre, aunque algunos órganos animales puedan ser más desarrollados. El águila, decía Engels, indudablemente, ve más lejos que el hombre; pero el ojo de águila más agudo es incapaz de observar en las cosas lo que ve en ellas el hombre. Lo mismo puede decirse no sólo respecto a la vista, sino también en relación a otras sensaciones humanas.

Por de pronto, aquí no se trata de que el hombre sea un ser aparte o sobrenatural, como dicen los idealistas, aseverando que estaría dotado por la divinidad, de facultades especiales para sentir como no siente ningún animal. En realidad, el hombre es un producto del mundo animal y sin el desarrollo de éste, sin todos los antecedentes del desarrollo paulatino de los órga-

nos sensoriales en los animales, tampoco existiría el hombre ni sus órganos sensoriales.

Si el hombre es capaz de sentir lo que no pueden ver, tocar ni oír ni siquiera los animales más desarrollados, hay para ello razones muy explicables. Estas razones pueden definirse en una palabra: EL TRABAJO. Justamente en el trabajo, durante decenas y centenares de milenios han ido perfeccionándose y desarrollándose los órganos sensoriales humanos. La mano del hombre, por ejemplo, es capaz de sentir los más leves detalles de las cosas y de sus propiedades porque con ayuda de sus manos los hombres trabajan, modifican las cosas adaptándolas a sus necesidades. Durante el proceso del trabajo se adquiere la aptitud táctil finísima que diferencia al hombre de cualquier animal.

Tomemos por ejemplo la aptitud de diferenciar los colores. Los animales más desarrollados, los antropoides, pueden percibir pocos colores, mientras que el hombre es capaz de apreciar hasta 180 tonos diferentes y más aún en cuanto a matices. Esto también se explica por el trabajo, por la actividad práctica humana que permite a los hombres ver mucho más de lo que ven los animales. También entre los hombres encontramos diferentes aptitudes sensoriales. Así algunos trabajadores de la industria textil especializados en la elaboración de géneros de color negro, son capaces de diferenciar cerca de cuarenta tintes negros. La mayoría de las personas pueden diferenciar sólo unos pocos matices.

¿Qué demuestran todos estos ejemplos?

Demuestran que la aptitud del hombre para percibir los fenómenos de la realidad se desarrolla, se perfecciona gracias a la actividad práctica y bajo la influencia del trabajo y la actividad social humana.

A lo dicho cabe añadir que la fuerza natural de los órganos sensoriales humanos se multiplican muchas veces merced a los instrumentos y artefactos artificiales. Los hombres han inventado el microscopio, que les permite ver los fenómenos inaccesibles a simple vista. Gracias al microscopio, el hombre ha podido descubrir todo un mundo de protozoos en una gota de agua y ha aprendido que toda cosa viva consta de in-

fimas células y así hizo una serie de importantísimas revelaciones científicas.

La invención del telescopio dio la posibilidad de penetrar en las lejanías ilimitadas, de estudiar la estructura del universo, de ver nuevos mundos desconocidos hasta ahora. El telescopio de 100 pulgadas permite ver las estrellas que se encuentran a una distancia de 140 millones de años-luz de la tierra. Para comprender cuán enorme es esa distancia cabe recordar que la luz se propaga con la velocidad de 300 kilómetros por segundo. Quiere decir que durante un año, un rayo de luz atraviesa una distancia de cerca de 9,5 trillones de kilómetros! (Esta distancia se llama en astronomía año-luz); pero aún el telescopio de 100 pulgadas no es el límite del desarrollo técnico. Ya existe uno mayor, de 200 pulgadas.

La técnica actual arma al hombre con poderosos instrumentos siempre renovados que aumentan la fuerza auditiva y la agudeza visual. El microscopio óptico más ordinario aumenta los objetos en 2,3 miles de veces. Los microscopios más poderosos, electrónicos, aumentan en decenas y centenares de miles de veces. Estos nuevos microscopios permiten al ojo humano penetrar en los más profundos misterios de la naturaleza. Por su intermedio se revelan, por ejemplo, los más ínfimos seres vivientes llamados virus, de tamaño muy inferior a las bacterias y que provocan varias enfermedades en las plantas, en los animales y en los hombres. El microscopio electrónico, ayudó, por ejemplo, a encontrar el virus de la gripe permitiendo así a la medicina perfeccionar sus estudios de la dolencia, y combatirla más eficazmente.

El papel que desempeña ese poderoso instrumento al aumentar la fuerza visual del hombre, queda demostrado por el ejemplo que a continuación se expone: gracias al microscopio óptico fue posible revelar los microbios agentes patógenos de la disentería. La lucha con estos microbios resultó ser muy difícil. Los sabios que los investigaban tropezaron con un hecho interesante: los microbios disintéricos solían desaparecer de las probetas sin dejar rastros. Se hizo la suposición de que algún agente "adverso" los destruía; pero el

microscopio ordinario no era un detector suficientemente eficaz para que a simple vista se pudiese encontrar a ese enemigo de los microbios disentéricos, y fue el microscopio electrónico el que proporcionó la inmensa ayuda al ojo humano. Se descubrieron los bacteriófagos, que consumían a los microbios disentéricos. Se los adaptó luego para combatir la enfermedad.

Asimismo fueron creados poderosos instrumentos y aparatos para el aumento de la fuerza auditiva, lo que permitió oír el vuelo de un aeroplano, a grandes distancias, o revelar la presencia de un submarino, a gran profundidad.

Por más imponente que sea la ayuda proporcionada por los aparatos que aumentan nuestra visión o nuestro oído, —son, sin embargo, los órganos naturales del hombre los más importantes para su percepción del mundo. Justamente gracias a ellos recibimos nuestras impresiones. Ellos son las "teclas" que toca la naturaleza, despertando nuestras sensaciones.

Para aclarar más aún cómo se origina una sensación, veamos el proceso de su formación.

Las investigaciones de I. P. Pavlov demostraron que el aparato merced al cual se forma una sensación consta de tres partes. Primero: los órganos sensoriales, es decir vista, oído, olfato, etc. Todo proceso de formación sensorial empieza por la acción de las cosas y fenómenos del mundo circundante sobre los órganos sensoriales. Por ej. un rayo de sol actúa sobre el ojo y ése es el principio de la formación de la sensación de la luz.

La segunda parte está en los nervios, en las fibras nerviosas que transmiten al cerebro la excitación provocada en el órgano sensorial. Pavlov las comparó a alambres. Cada nervio tiene su punto terminal en una determinada porción del cerebro, trátase de nervio óptico, auditivo u otro. Así el extremo del nervio oftálmico se encuentra en la parte occipital y el auditivo en las sienas.

Estas porciones cerebrales son la tercera parte del aparato, que desempeña un gran papel en la formación de las sensaciones. La excitación nerviosa transmitida al cerebro se transforma en determinada sensación.

Dijamos que la excitación producida en los ojos por la luz solar, impresiona como sensación de luz.

Tal es el origen de las sensaciones. El desperfecto de una de las partes del aparato imposibilita la percepción de las cosas. Por ejemplo, basta cortar el nervio óptico para que se pierda la visión. Basta lesionar el órgano auditivo para que sea imposible la percepción del sonido. Lo mismo ocurriría en caso de perturbarse tales o cuales porciones cerebrales en las que la excitación nerviosa se transforma en sensación.

Hubo casos en que los pacientes perdían todas las formas sensoriales excepto la sensación táctil; tales enfermos encontrábanse en constante estado de somnolencia, y se despertaban sólo al sentir el contacto con sus manos. Al interrumpirse el contacto —volvían a sumirse en el sueño.

Quiere decirse que nuestros órganos sensoriales son como ventanas por las cuales miramos al mundo. La ausencia de estas "ventanas" incapacita al hombre para la percepción del mundo.

De todo lo que antecede sacamos tres deducciones importantes.

**PRIMERA DEDUCCION.** Sin la acción del mundo exterior sobre nuestros órganos sensoriales es imposible todo conocimiento de las cosas o fenómenos naturales, lo que significa que la única fuente de nuestros conocimientos, sensaciones o representaciones del mundo, es el mismo mundo material, que existe independientemente de nuestra conciencia. Por consiguiente es incierta la afirmación idealista de que el hombre crea las representaciones de las cosas de su propio "yo", de su intelecto o razón.

**SEGUNDA DEDUCCION.** Nuestras sensaciones y percepciones son "imágenes", "copias" de las cosas del mundo exterior. Tal o cual objeto, digamos una mesa, actúa sobre nuestros órganos sensoriales, originando así, en nuestro cerebro, una impresión de la mesa. Por lo tanto, nuestra percepción de la mesa es una imagen de la mesa real, lo que significa que tenemos capacidad de conocer el mundo que nos circunda y lo conocemos.

V. I. Lenin definió las sensaciones como imágenes del mundo exterior "originadas por la acción de las cosas sobre nuestros órganos sensoriales".

**TERCERA DEDUCCION.** Nuestras sensaciones, fieles reflejos de los objetos realmente existentes, así como nuestras percepciones y representaciones son objetivamente reales.

¿Que es la verdad? Ha de considerarse como verdad una representación o concepto tal de una cosa, que sea fiel reflejo, fiel "copia" de ese objeto.

Al conocer una cosa, no tenemos que aportar en nuestra representación de ella nada que no le sea propio. Si tenemos a la vista un abedul, no tenemos que decir que en él crecen manzanas ya que ello sería tergiversar la verdad.

La divergencia entre el objeto y nuestra representación de él es una alteración de la verdad. Al contrario, la coincidencia de nuestra representación de una cosa con sus propiedades reales es la verdad y en ese caso se llama VERDAD OBJETIVA porque refleja correctamente lo que existe en realidad.

La palabra "objeto" indica la cosa percibida que existe fuera de la persona receptora. De ahí el término filosófico "verdad objetiva", ES DECIR VERDAD QUE CORRESPONDE AL OBJETO Y REFLEJA CORRECTAMENTE LAS COSAS Y FENOMENOS DEL MUNDO CIRCUNDANTE, SIN ATRIBUIRLES NADA QUE NO SEA PROPIO DE ESOS OBJETOS Y FENOMENOS.

Los idealistas niegan la existencia de la verdad objetiva. Desde su punto de vista las sensaciones, representaciones y percepciones surgen no porque la naturaleza material actúa sobre los órganos sensoriales, sobre el cerebro humano, sino independientemente del mundo circundante. Si es así, las sensaciones y concepciones tienen, desde el punto de vista de la filosofía idealista, un carácter puramente subjetivo, es decir que el hombre mismo, o sea el objeto, los dota de un contenido según su parecer.

Se comprende que la negación de la verdad objetiva es incompatible con la ciencia y la práctica. El conocimiento de la verdad real y no ficticia es importante por cuanto nos ayuda a introducir, con éxito,

modificaciones en la naturaleza sometiéndola a nuestros requisitos y transformando así la vida social.

Si las verdades reveladas por el conocimiento humano no fueran objetivas, es decir, no reflejaran fielmente la realidad, la ciencia y el conocimiento científico serían completamente inútiles. De este modo hemos aclarado que EL MUNDO CIRCUNDANTE ES COGNOSCIBLE. QUE NUESTRO CONOCIMIENTO, NUESTRAS SENSACIONES, IMPRESIONES Y CONCEPCIONES DE LAS COSAS SON REFLEJOS, IMÁGENES, COPIA DE LAS COSAS REALMENTE EXISTENTES Y QUE EL CONOCIMIENTO ES CAPAZ DE DAR Y PROPORCIONA VERDADES OBJETIVAS.

Ahora se origina una nueva cuestión muy importante: ¿cómo llegamos a conocer el mundo circundante y cuál es el camino del conocimiento de la verdad objetiva?

## COMO SE REALIZA EL PROCESO DEL CONOCIMIENTO

Sería muy erróneo pensar que el mundo se refleja en el cerebro humano tan sencillamente como se reflejan las cosas en el espejo. En realidad el asunto es mucho más complejo. El conocimiento es un proceso que tiene sus propios peldaños, sus etapas. Antes de que el conocimiento alcance la verdad tiene que atravesar un camino complejo.

Para explicar cómo se realiza el proceso del conocimiento lo estudiaremos por partes, por puntos separados.

### a) LA PRACTICA ES LA BASE DEL PROCESO DEL CONOCIMIENTO.

La filosofía marxista enseña que el conocimiento se realiza basándose en el proceso de la actividad práctica de las personas. "El punto de vista de la vida, de la práctica —indica Lenin—, tiene que ser el primer punto de vista, el fundamental de la teoría del conocimiento".

El conocimiento existe no para sí mismo. Ayuda al hombre a transformar la naturaleza y a resolver cuestiones de la vida de la sociedad. La práctica presenta problemas al conocimiento y exige que los resuelva. Al contestar a estas exigencias y al resolver los problemas originados en la actividad práctica de los hombres, en las transformaciones introducidas en

la naturaleza y en la vida social, el conocimiento se desarrolla, y nos explica los fenómenos que nos circundan.

No hay ninguna ciencia, ni sector del saber humano que no se haya originado debido a las necesidades prácticas de los hombres. Por ejemplo, una ciencia como la geometría tuvo sus principios debido a la necesidad de medir áreas terrestres. Al traducir del griego "geometría" quiere decir medida de la tierra. La física se originó por la necesidad de conocer la estructura y las propiedades de la materia con el fin de dominar prácticamente las fuerzas naturales. La geología —ciencia de la tierra— tuvo sus comienzos en la necesidad práctica de utilizar los yacimientos minerales para la técnica y la vida humanas. Lo mismo pasa con cualquier ciencia, ya que todas están directa o indirectamente relacionadas con la práctica.

En nuestros días bajo la influencia de las exigencias prácticas se originan nuevas ciencias, nuevas interpretaciones en ciencias de larga existencia anterior, como por ejemplo, la parte de los conocimientos físicos de gran porvenir —la física del núcleo atómico. Ella contribuye al dominio de las colosales fuerzas de la energía atómica.

La edificación del mundo socialista plantea grandes problemas al conocimiento y a las ciencias. Estamos construyendo gigantescas usinas eléctricas, aprovechamos la energía atómica para fines pacíficos, unimos por canales los mares y los ríos, mecanizamos la agricultura y la economía rural; fertilizamos las tierras vírgenes, desarrollamos nuevos tipos de plantas, creamos fábricas y usinas dotadas de una técnica modernizada hasta el más alto grado, desconocido hasta ahora. Todo ello requiere una audaz resolución de problemas nuevos, exige el desenvolvimiento de la inventiva científica basada en el conocimiento.

El papel de la actividad práctica humana no se limita a las exigencias planteadas a la ciencia. La enorme importancia de la práctica consiste también en que la naturaleza se somete al conocimiento sólo en el proceso de una acción práctica humana. Solamente merced a la transformación práctica que opera

el hombre en la naturaleza, que produce bienes materiales, reforma la vida de la sociedad, se aprenden a conocer las propiedades reales de las cosas y a diferenciar la forma externa frecuentemente engañosa, de la esencia de los objetos.

Un objeto que no haya sido abordado por la influencia benéfica del trabajo y de la práctica se mantiene en el misterio. Al transformar la naturaleza, al modificar las cosas adaptándolas a nuestras necesidades arrancamos de ellas el sello de lo incognoscible y llegamos a conocerlas.

Durante mucho tiempo los hombres consideraron que la tierra era una superficie plana. Había efectivamente suposiciones sobre la forma esférica de la tierra pero no eran más que conjeturas. La actividad práctica ayudó a conocer la verdad. A fines del siglo xv y en el xvi, debido al incremento comercial e industrial que originaba la necesidad de descubrir nuevas tierras y nuevos mercados, así como debido a la búsqueda del oro, se emprendieron muchos viajes. Fueron descubiertas nuevas tierras, tales como América. En 1519-1522 se realizó la primera vuelta al mundo. Numerosos viajes emprendidos en esa época demostraron que la tierra no tiene una superficie llana sino una forma esférica.

Hasta mediados del siglo xix se consideraba que el mundo vegetal y animal de nuestro planeta no sufría alteraciones, que era y permanecía eternamente el mismo. Pero he aquí que las exigencias del desarrollo industrial y con ello el aumento en la demanda del carbón mineral y de los yacimientos de metales obligaron a los hombres a penetrar en las profundidades de la tierra. En diferentes capas de la tierra se descubrieron restos fósiles de plantas y animales prehistóricos que refutaron una representación errónea sobre la inmutabilidad del mundo vegetal y animal.

La práctica de la cría de animales domésticos y las alteraciones artificiales de las razas animales, así como el cultivo de nuevos tipos de plantas testimonian que las plantas y los animales son modificables.

De este modo, basándose en la actividad práctica de los hombres, el destacado sabio inglés Carlos

Darwin hizo uno de los más grandes descubrimientos a mediados del siglo XIX sobre la mutabilidad del mundo animal y vegetal. Con ello se dio un golpe demoledor a la religión con su leyenda de la creación del mundo por Dios.

En nuestro país la doctrina de Darwin fue desarrollada por el gran reformador de la naturaleza Michurin y sus discípulos. Una nueva práctica agrícola de magnitud sin precedentes hizo posible ahondar aún más el estudio de las leyes que rigen la vida vegetal para dominarlas.

En el proceso del conocimiento de las leyes que rigen la vida de la sociedad, la práctica ha desempeñado idéntico papel. Por ejemplo, la teoría del comunismo científico creada por Marx y Engels surgió basándose en toda la experiencia de la lucha de clases y particularmente de la lucha del proletariado contra la burguesía.

La edificación del socialismo en la URSS contribuyó a enriquecer esta teoría con nuevas aportaciones. Los fundadores del marxismo elaboraron su teoría en relación con la práctica social de su tiempo, cuando aún imperaba en todas partes el capitalismo. Se entiende que cuando el pueblo soviético sacudió el yugo del capitalismo y emprendió la edificación del socialismo, la experiencia presentó una serie de problemas que permitieron una mayor comprensión de los medios para una transformación socialista.

Por ejemplo, Marx y Engels previeron que después de la revolución proletaria, la economía de los pequeños propietarios agrarios iría transformándose paulatinamente en una vasta economía agrícola socialista; pero en aquel entonces, era aún imposible prever cómo, concretamente, se produciría esa transformación, cuáles serían las formas de unificación de las pequeñas haciendas en grandes, cómo se estructurarían las relaciones mutuas entre el estado socialista y estas asociaciones agrícolas, etc. En aquel entonces, estas cuestiones no tenían importancia práctica. Se tomaron de actualidad en nuestro país después de la Gran Revolución de Octubre y más aún cuando el Partido Comunista emprendió la realización de la gran remo-

ción agrícola en los años de la colectivización. Aquí también la práctica apuntaló al Partido en la resolución de los problemas y en el enriquecimiento de la teoría marxista.

La experiencia sugirió que la única forma correcta de reunir las haciendas campesinas en el período del socialismo, era el "artel" agrícola. La experiencia de la construcción del socialismo en el campo destacó una forma de relaciones entre el Estado y los koljoses, tal como las EMT (estaciones de máquinas y tractores), que han demostrado ser actualmente poderosas bases industriales para el desarrollo de la producción koljosiáná.

En las obras de Lenin, y en las resoluciones del Partido Comunista, recibieron las ideas de Marx y Engels su ulterior desarrollo constructivo basado en los nuevos datos prácticos obtenidos durante el período de la revolución proletaria y la construcción del socialismo en nuestro país.

Es imposible resolver los complejos problemas de la construcción socialista sin la generalización teórica de la experiencia y sin la experiencia adaptada a la práctica.

De todos los hechos que anteceden se desprende que EL CONOCIMIENTO EN SU CONJUNTO Y CADA UNO DE SUS PASOS SUCESIVOS, ESTA INDISOLUBILMENTE JUGADO A LA PRACTICA. Por ello, al explicar la cuestión de cómo se llega a conocer al mundo circundante, nunca se tiene que olvidar el papel de esta relación, y debe siempre recordarse que la práctica es el cimiento más profundo del conocimiento. Como se verá en adelante, a ella pertenece la palabra decisiva en la comprobación de la verdad de los conocimientos que hemos adquirido.

¿Con qué empieza, entonces, el conocimiento de las cosas? ¿Cuál es el primer paso en el camino progresivo del conocimiento hacia la verdad objetiva?

b) **EL PAPEL DE LAS SENSACIONES EN EL PROCESO DEL CONOCIMIENTO.**

Imaginemos que tenemos a la vista un objeto desconocido que deseáramos conocer. Empezaremos por mirarlo, estudiarlo, tocarlo, escucharlo. En otras pala-

bras —el movimiento de nuestro conocimiento empezará por la acción de nuestros órganos sensoriales: visuales, auditivos, táctiles, etc. Ello nos concede el derecho de decir que LA PRIMERA ETAPA, EL PRIMER PASO HACIA EL CONOCIMIENTO DE TODA COSA —DESDE LA MAS SIMPLE HASTA LA MAS COMPLEJA— ESTA EN NUESTRAS SENSACIONES, EN NUESTRAS IMPRESIONES SENSORIALES.

Ha de recalcar que LA AMPLITUD Y LA PROFUNDIDAD DE LAS SENSACIONES E IMPRESIONES HUMANAS así como DE LAS OBSERVACIONES Y PERCEPCIONES ENCUENTRANSE EN INTIMA DEPENDENCIA DE SU ACTIVIDAD PRACTICA. Cuanto más variada sea la actividad práctica, tanto más amplio será el horizonte y el campo de observación, tanto más ricas serán las sensaciones y percepciones.

La enorme importancia de las percepciones sensoriales en el proceso del conocimiento consiste en que nos proporcionan el material que nos permite formarnos una opinión sobre una cosa o un objeto. Todo el movimiento ulterior en este proceso descansa en las informaciones proporcionadas por los órganos sensoriales.

La tarea del conocimiento consiste en la explicación de los fenómenos que nos circundan, puesto que sin ella sería imposible la actividad práctica; pero se puede empezar a explicar los fenómenos y a razonar al respecto sólo cuando se hayan obtenido los datos correspondientes, porque de otra manera la investigación sería construida en el vacío.

Uno de los antiguos materialistas ingleses del siglo XVII, F. Bacon, comparaba acertadamente el conocimiento no apuntalado por hechos tomados de la naturaleza con una araña que teje su tela sacando el hilo de sí misma.

El raciocinio solo, sin la observación de los fenómenos naturales, sin el estudio de los hechos no permite deducir ni una sola teoría verdaderamente científica. Los hechos extraídos de la vida, de la experiencia práctica, de las percepciones sobre cosas y fenómenos son el material de construcción que aprovecha la ciencia para levantar el edificio de sus teorías

y tesis. I. P. Pavlov llamaba a los hechos "el aire que respira el sabio".

En efecto, ¿cuáles serían los éxitos que podrían haber alcanzado los astrónomos al explicar el movimiento de los astros, si no lo hubiesen observado y si no hubiesen acumulado y estudiado los datos?

O bien, hablando de botánicos, ¿acaso podrían clasificar sus plantas por tipos y clases y categorías, si no las hubiesen observado, estudiando los datos? Para poder catalogar al pino como perteneciente a cierta familia forestal que se diferencia de los abetos, hay que tener impresiones sensoriales, hay que ver la diferencia entre el abeto y el pino, hay que ver el parecido entre todos los abetos que otorga el derecho de clasificarlos en la misma familia.

Claro está que para juzgar correctamente sobre la pertenencia de un animal o de una planta a un género dado —no bastan las observaciones mediante los órganos sensoriales. Basándose en observaciones solamente oculares podría clasificarse a la ballena entre el mundo de los peces, mientras en realidad pertenece al de los mamíferos. Por consiguiente no bastan sólo las observaciones y las impresiones para conocer correctamente las cosas. De ello hablaremos más adelante, con más detalles.

Todo ello es así, pero queda claro también que sin el conocimiento sensorial, sin las imágenes y percepciones de las cosas que nos suministran nuestros órganos sensoriales, el conocimiento no podría adelantar un paso.

La estructuración de teorías científicas está siempre precedida por una minuciosa acumulación de hechos, con el conocimiento directo de los fenómenos de la realidad y en eso el papel decisivo pertenece al conocimiento sensorial, a la actividad de nuestros órganos sensoriales.

Sin embargo, por más importante que sea el papel de las sensaciones y percepciones, el conocimiento no es una mera sensación. Si así fuera, sería tarea fácil y todos sabemos, hasta los más legos en ciencia, cuán difícil es el discernimiento entre una y otra verdad.

Se sabe cuánto se empeñan los sabios para descifrar algún misterio natural.

Nuestro ojo percibe sin dificultad el rayo solar; pero no basta la percepción sola para saber que el rayo solar blanco es un conjunto complejo de muchos colores, desde el violeta hasta el rojo-anaranjado. Aún más insuficientes resultan las sensaciones para conocer la existencia de los rayos invisibles, como los de las radiografías (Rontgen) mediante las cuales se transluce el organismo humano. Estas ondas radiales eran desconocidas hasta hace poco y la humanidad de antaño ni sospechaba su existencia.

Ninguna sensación sería capaz de descubrir, por sí sola, que por ejemplo, un litro de agua contiene tan enorme cantidad de ínfimas partículas de materia, llamadas moléculas, las que, si fueran colocadas una tras otra, formarían una cadena que podría rodear la tierra más de 200 millones de veces.

Asimismo, es imposible imaginar un movimiento que desarrolle 300 mil kms. de velocidad por segundo. Sin embargo, semejante velocidad de movimiento existe, es la de la luz, y el conocimiento ha establecido tal hecho, lo ha descubierto.

Es cierto, entonces, que el conocimiento no puede reducirse únicamente a las sensaciones, a la actividad de los órganos sensoriales solamente.

Mediante estos órganos no podemos conocer la ESENCIA de las cosas. La filosofía marxista enseña a diferenciar la ESENCIA de las cosas, es decir su lado interno, y el FENÓMENO, es decir su lado o aspecto exterior. El fenómeno suele no coincidir con la esencia real de las cosas y a veces la contradice.

¿Acaso podemos juzgar correctamente de una persona según su aspecto exterior? Claro que no. A menudo, el aspecto exterior de una persona no suele decir nada de lo que es en realidad. Juzgamos a una persona por sus obras, por sus acciones.

Asimismo, no se puede hacer conclusiones sobre las cosas o los fenómenos por su forma exterior y por lo que parecen a primera vista.

En tiempos remotos, los hombres —y tratase no sólo de los ignorantes, sino también de los sabios—,

creían que la tierra inmóvil encontrábase en el centro del universo y que en derredor suyo giraban las estrellas y el sol.

¿Cómo llegó a formarse semejante representación? Por la observación superficial. Todos veían que a la mañana se levanta el sol, que sigue durante el día una determinada trayectoria y se pone al anochecer. Parecería que fuera el Sol el que gira alrededor de la Tierra, ya que el movimiento de la Tierra no lo sentimos.

Pero ha sido comprobado hace mucho que el Sol se encuentra en el centro del sistema solar y que la Tierra y otros planetas se mueven en su derredor. La Tierra (y nosotros con ella) se mueve a razón de 30 kms. por seg. Además, la Tierra gira sobre su propio eje, pero nosotros no nos damos cuenta, nos parece que es el Sol el que se mueve.

Claro está, que si nos contentáramos con lo que nos PARECE, no podríamos adelantar en el conocimiento del mundo. El camino a transitar entre lo que parece y la realidad es largo y muy complejo.

Tomemos otro ejemplo.

En los países capitalistas, el obrero trabaja en las empresas de propiedad del patrono. Por su trabajo recibe un salario. A primera vista, parecería que el capitalista compensa ampliamente el trabajo del obrero. Digamos que el obrero trabaja diez horas por día. El capitalista declara que por estas diez horas paga salario correspondiente. Así resulta que le hace un bien al obrero, dándole la posibilidad de trabajar y pagándole su trabajo. El capitalista pone cara de sorpresa: ¿dónde está la explotación de la que tanto hablan los marxistas y comunistas?

Complaciéndose en la observación del aspecto exterior del asunto, puede formarse una representación errónea de que el capitalista tiene razón. Los defensores de la burguesía aprovechan esta apariencia engañosa y pintan de color de rosa las relaciones entre los capitalistas y los obreros.

No es preciso particular perspicacia para discernir la clamante injusticia del orden que rige al capitalismo. La mayoría de las personas —obreros o campesinos—

nos—, trabaja sin descanso y apenas puede atar cabos, mientras un pequeño puñado de capitalistas recibe ganancias fabulosas, ostentando su lujo. Repetimos que para cerciorarse de ello no es preciso ejercer esfuerzos especiales. Sin embargo, cabe explicar de dónde provienen las fabulosas ganancias de los capitalistas, de dónde sacan sus colosales riquezas. Para confundir a los trabajadores, los ideólogos burgueses inventan toda clase de cuentos, declarando que las riquezas de los capitalistas provienen de sus ahorros de su perseverancia en el trabajo, mientras que la pobreza de los trabajadores es resultado de su pereza o de su incapacidad de hacerse un camino en la vida. Hacen todo lo posible para ocultar las verdaderas fuentes del enriquecimiento de los capitalistas.

Carlos Marx fue el primero en explicar cuáles son estas fuentes. Demostró que los sueldos de los obreros solamente PARECEN ser la justa compensación de su trabajo. En realidad están compensadas digamos tres, cuatro horas de trabajo, mientras el capitalista lo hace trabajar durante todo el día hábil. La riqueza que el trabajador crea por su trabajo suplementario y no retribuido, el capitalista se la mete en el bolsillo. Aquí es donde radican todas las fuentes no inventadas sino reales de las ganancias de los capitalistas. La explotación de los obreros por la burguesía es la verdad objetiva que explica las reales circunstancias que rigen la sociedad capitalista.

La verdad científica no está en la superficie, no se la puede ver con la misma facilidad con que vemos este árbol o esta mesa. Más aún, el lado exterior de las cosas, que es fácil revelar, deforma con frecuencia su aspecto interior que es el más esencial.

Por supuesto no es siempre el aspecto exterior de las cosas lo que nos induce al error, pero cuando se trata de los complejos fenómenos naturales o de la sociedad, no puede uno limitarse al conocimiento del lado solamente superficial de las cosas. El problema del conocimiento es penetrar en la ESENCIA misma de estos fenómenos, rechazando todo lo que deforma la imagen real.

El noble fin de la ciencia, del conocimiento científico, consiste en habilitar la práctica, la actividad práctica de los hombres con un claro conocimiento de la esencia de los fenómenos de la naturaleza y de la sociedad. Es imposible realizarlo deteniéndose en la superficie de las cosas. El conocimiento tiene que hacernos entender las LEYES de la naturaleza y de la sociedad. Más adelante definiremos lo que es la ley, pero digamos ahora que las leyes sólo pueden conocerse alcanzando la esencia de las cosas, revelando en los fenómenos su aspecto interior intrínseco.

Se desprende de ello por qué no se puede reducir la valoración de las dificultades del conocimiento, por qué no hay que reducirlo a simples sensaciones y percepciones de las cosas.

#### c) EL PAPEL DEL RACIOCINIO EN EL PROCESO DEL CONOCIMIENTO.

Una vez adquiridos merced a los órganos sensoriales los conocimientos ya sobre un objeto que nos sea desconocido ya sobre un grupo de cosas, seguimos adelante; nos elevamos un peldaño más en la escala del conocimiento. En el nuevo peldaño efectuamos el trabajo que no habíamos podido realizar gracias a simples observaciones, contemplando las cosas, es decir ponemos en claro cuáles son las principales propiedades y características de las cosas.

Cuando estamos mirando meramente, observamos un fenómeno, no separamos las características importantes, esenciales, de las no importantes, puramente casuales. En la imagen sensorial hay una mezcla de aspectos esenciales y no esenciales, importantes y no importantes. ¿Cómo distinguir lo que en el objeto es parte importante de lo que no lo es? Es un asunto complejo. Aquí no bastan las percepciones sensoriales, se necesita el trabajo mental.

Nuestras sensaciones y percepciones nos suministran el material para que podamos juzgar sobre las cosas; pero no nos damos por satisfechos al conocer solamente ese material, sino que lo sometemos a una elaboración que consiste en una disección mental de los objetos estudiados, separando las propiedades y

características sin importancia de aquellas sin las cuales estas cosas no podrían existir. Dejando de lado las propiedades y características no esenciales, destacamos las más importantes y decisivas.

Como ya lo sabemos, los órganos sensoriales son los instrumentos de percepción y observación de las cosas y fenómenos circundantes.

En la nueva etapa del saber, cuando estamos elaborando los datos proporcionados por nuestros órganos sensoriales, entra en acción un nuevo medio, una nueva facultad del conocimiento humano. Es el RACIOCINIO, la razón.

La fuerza del pensamiento humano es muy poderosa; es justamente ella la que nos permite penetrar en las profundidades de las cosas, distinguir en ellas sus lados esenciales y no-esenciales, diferenciar lo exterior, frecuentemente ilusorio y engañoso, de lo interno, lo más importante y decisivo de las cosas.

¿Cuál es, entonces, el camino que sigue el raciocinio, para llegar a su meta?

He aquí un simple ejemplo, para facilitar la orientación en este problema. Tenemos a la vista una hilera de abetos. No hay dos que sean idénticos. Cada uno en algo difiere de los demás —por su altura, grueso del tronco, espesura de su follaje, disposición de sus ramas, etc. ¿Cómo señalar, entonces, cuáles son características esenciales del abeto y cuáles no lo son y por qué consideramos que estos árboles son abetos y no otra clase de árboles?

Desde el momento en que sentimos y percibimos la presencia de los abetos, deja huellas en nuestro cerebro lo similar, general y homogéneo que hay entre todos los abetos, y esta impresión queda más grabada que los distinguos entre un abeto y otro. Cuanto más frecuentes sean las impresiones sobre objetos similares —supongamos los mismos abetos— tanto más fuertemente se graban en nuestro cerebro, pasando a primer plano, algunos rasgos generales que les son comunes y los caracterizan.

Fundándose en estos datos sensoriales, el pensamiento, se distrae de lo que distingue un abeto del otro, porque claro está que no es allí donde se encuen-

tra la característica principal de cualquier abeto. En nuestro intelecto separamos lo común; lo generalizado, repetido y similar que es propio de cada abeto, a pesar de sus diferencias individuales. Como comunes pueden considerarse el tronco recto, la copa cónica, la bellota puntiaguda y tetraédrica. Claro está que son éstos los rasgos esenciales de los abetos y no las particularidades puramente individuales como la espesura de la copa o la distribución de las ramas, etc.

Por supuesto, con ello no se agota el conocimiento esencial del abeto. El problema ulterior consiste en conocer las propiedades más destacadas, las leyes que rigen la vida, el desarrollo y la multiplicación de esta clase de árboles. Sólo este conocimiento permite a los hombres actuar sobre la naturaleza, pero él también se logra gracias al razonamiento, al raciocinio.

La operación mental de mayor importancia y dotada de una enorme capacidad de conocimiento es la ABSTRACCION CIENTIFICA. Traducida del latín, la palabra abstracción significa aislación. Acabamos de ver un ejemplo de abstracción: al aislarse de los indicios secundarios de los abetos, el pensamiento destaca lo principal entre las propiedades de los abetos, sin lo cual no existirían.

La abstracción científica está íntimamente vinculada a la GENERALIZACION. Generalizar significa estudiar una cantidad de objetos y fenómenos separando lo que les es común a todos, les es propio a todos, en general.

Las percepciones sensoriales se refieren a objetos separados. Mediante los órganos sensoriales recibimos las imágenes de los objetos como unidades aisladas, —la imagen del abeto dado, de una persona dada, de una mesa dada, de cierto río; pero tratándose de un objeto o un fenómeno aún desconocido, podemos fácilmente incurrir en un error al determinar su aspecto principal o esencial. Podemos tomar por esencial e indispensable algún indicio que no es más que puramente individual y temporal.

La fuerza de la actividad generalizadora del raciocinio humano consiste precisamente en que no se detiene en un objeto único, sino en una cantidad de

ellos y, abstrayéndose de las propiedades exteriores y accidentales, encuentra, destaca y sintetiza racionalmente sus peculiaridades sustanciales.

La filosofía materialista enseña que todos los objetos que nos rodean son diversas manifestaciones de la materia y que el hombre mismo es una de ellas. Esta deducción es el resultado de la generalización científica.

En realidad, la naturaleza es muy compleja. Numerosos fenómenos naturales difieren unos de otros en forma sustancial. La tierra, el aire, las plantas, los animales, los hombres, todos son fenómenos naturales. Es importante saber distinguir sus peculiaridades. Pero, ¿acaso no hay algo común entre todos los fenómenos naturales, por más que se diferencien entre sí? ¿Acaso no son todos manifestaciones de la misma naturaleza??

La respuesta la encontramos merced a la abstracción científica. Abstrayéndonos de las peculiaridades que distinguen a los más variados fenómenos, encontramos que todos son materiales, que están constituidos por la materia. El aire, la tierra, las plantas, los animales y los hombres, como todos los demás fenómenos naturales son materiales, son diferentes manifestaciones de la materia, que es, por tanto, lo sustancial que caracteriza cualquier fenómeno natural.

La materialidad del mundo significa que todos los procesos que se producen en la naturaleza representan el desarrollo y el movimiento de la materia y no de algún espíritu. "En el mundo no hay nada —dijo Lenin— excepto la materia en movimiento". La filosofía marxista entiende por materia la realidad objetiva, la que existe independientemente de la conciencia humana. Precisamente cuando la materia actúa sobre nuestros órganos sensoriales se originan las sensaciones. La fuente de toda la riqueza, de toda la diversidad del mundo no es ninguna fuerza sobrenatural, sino el movimiento de la materia. Al desarrollarse, al modificarse, la materia pasa de una forma a otra, desde las más rudimentarias hasta las superiores. Así surgió la vida, en cierto peldaño del desarrollo de la naturaleza, y paulatinamente se formaron las numerosas

variedades de plantas y animales. El hombre provino del mundo de los animales superiores y con su aparición se formó la sociedad humana.

Claro está que la generalización del carácter material del mundo reviste una enorme importancia para nuestro conocimiento y refuta la leyenda idealista y religiosa sobre el principio divino o espiritual en la fundación del mundo.

Tomemos ahora otro ejemplo, sacado de la vida social. La sociedad se compone de decenas y centenas de millones de personas; cada una de ellas en algo difiere de las demás —por su posición social, su modo de vivir, sus aptitudes, sus deseos, etc. ¿Cómo orientarse entre tantas complejidades? Parecería que reinara la confusión y el desorden, pero sólo parece así, a primera vista. La generalización coopera en descifrar este cuadro abigarrado, ayuda a destacar lo principal, lo esencial. Por más variada que sea la posición de centenares de millones de personas, por ejemplo en la sociedad capitalista, la ciencia ha establecido que se separan en dos grandes grupos opuestos: el proletariado y la burguesía. Aparte de estas clases básicas, hay otras que no son fundamentales.

El estudiar la situación de millones de hombres en la sociedad capitalista, hacemos abstracción de una serie de aspectos y distintivos que no son esenciales para el caso dado. Digamos que las personas difieren por sus aptitudes; sin embargo, hay personas dotadas de aptitudes entre las que viven en la indigencia, así como entre las que viven en la opulencia. Claro está que no es esta particularidad la que pueda resolver la cuestión. ¿Tal vez el signo distintivo se encuentre en la pereza y la laboriosidad, como lo afirman los ideólogos burgueses? Otra vez no, ya que si de esto dependiese la posición de las personas en el mundo burgués, serían los obreros —que dedican toda su vida al trabajo, los que vivirían de manera acomodada, mientras que los burgueses que llevan una vida ociosa, deberían pasar hambre.

El estudio de la realidad de las cosas nos ayuda a encontrar el signo fundamental y decisivo de la separación de la sociedad en proletariado y burguesía.

Es la relación con los medios de producción. Por más que difiera un capitalista de otro, encontramos lo común que los coloca en igualdad de situación, lo que los reúne en la clase de los capitalistas. Este indicio común y verdaderamente importante es que todas las riquezas de la sociedad, las fábricas y usinas se encuentran en su poder.

Asimismo, por más que difiera un obrero del otro, hay un coeficiente común para designarlos y reunirlos en la misma clase del proletariado. Es que carecen de derechos de propiedad sobre los medios de producción y no poseen nada más que su fuerza de trabajo. Por eso los obreros deben dejarse contratar por los capitalistas, deben venderles su fuerza de trabajo, deben someterse a la explotación. De ahí, la encarnizada lucha de clases entre la burguesía y el proletariado.

Este ejemplo nos demuestra que sin la abstracción científica y sin la generalización sería imposible adquirir un profundo conocimiento de la esencia de los fenómenos.

Sería equivocado pensar que en este mismo pedazo el conocimiento actúa sin relación con la práctica, puesto que aquí también desempeña la actividad práctica un papel de relieve en el conocimiento. Sólo merced a ella, a las mutaciones prácticas en la naturaleza y en la sociedad, puede el raciocinio humano abstraerse de los indicios secundarios, generalizando los primarios y revelando la profunda esencia de las cosas.

Actualmente los sabios han logrado descubrir la energía atómica. Esto se explica no por que sus aptitudes y su poder de raciocinio sean superiores a los de los sabios de antaño, sino debido al nuevo nivel alcanzado por la ciencia y por la técnica, nivel inaudito hasta ahora, así como gracias a las nuevas oportunidades que ofrece la actividad práctica, permitiendo mirar más hondo en los misterios de la naturaleza.

Ahora cabe fijarse en una de las mayores peculiaridades de nuestra razón. Si nuestras percepciones sensoriales nos dan, como ya lo hemos dicho, las imágenes concretas de los objetos individuales, el monto total de nuestra actividad mental será el conocimiento

de las propiedades comunes y esenciales de gran número de cosas y fenómenos. El resultado de esta generalización se concreta en las concepciones creadas por nuestro raciocinio, como por ejemplo, la noción de un árbol, de la materia, del hombre, de la burguesía, del proletariado.

¿QUE ES EL CONCEPTO? ¿En qué difiere de las percepciones sensoriales? Para explicarlo continuemos nuestro ejemplo con el abeto. La percepción sensorial nos da la imagen precisamente de ESTE ABETO, con todas sus peculiaridades individuales: pero el concepto del abeto expresa lo esencial y común que es propio, sin excepciones a todos los árboles de esa familia. En este concepto estarían como anagadas y borradas las propiedades puramente individuales y secundarias que distinguen un abeto de otro, y se reflejan solamente sus señales y propiedades comunes, pero más esenciales.

Así es el concepto de la materia. En él no encuentran reflejo las particularidades y señales distintivas de un objeto concreto cualquiera —la piedra, el fuego, la planta, el aire. Abarca sólo lo común que les es propio a todos, a saber, su materialidad.

Los conceptos pueden ser más o menos amplios. Los amplios generalizan un enorme círculo de fenómenos. Tales son los conceptos de "materia", "animal", "sociedad", "producción". Los conceptos menos amplios abarcan un círculo comparativamente más estrecho de fenómenos y objetos, como por ejemplo "caballo", "abeto", "dino".

En la formación del concepto desempeña un gran papel el lenguaje, que es un medio de comunicación entre los seres humanos. Los conceptos que se forman como resultado de la actividad de nuestro raciocinio, reciben expresiones verbales. En la cabeza humana no pueden originarse ni concepciones ni pensamientos que no sean expresados por palabras. Las palabras "materia", "burguesía", "proletariado", nos indican el contenido que pertenece a estos conceptos.

La importancia de los conceptos científicos es muy valiosa para el conocimiento, pues ellos son puntos de apoyo en los cuales nos basamos para orientarnos

correctamente en los complejos fenómenos y logramos construir nuestra actividad práctica.

Sería un pesado yugo para el hombre conocer cada cosa por separado y conservar en la mente las diferencias entre cada cosa, digamos las peculiaridades de cada árbol, de cada espiga de trigo. En el cerebro humano se acumularían miles de imágenes concretas de cada cosa, de cada fenómeno, lo que imposibilitaría la normal actividad mental.

Semejante acumulación de imágenes concretas de objetos individuales en la mente humana, se torna superflua gracias a los conceptos, pues ellos son una generalización de una cantidad de fenómenos y objetos homogéneos y nos permiten conocer lo primario de cada uno de ellos, sin recurrir a su estudio por separado.

Por supuesto, ello no significa que podemos no prestar atención a las peculiaridades individuales existentes entre objetos y fenómenos similares. Las propiedades individuales y las peculiaridades de las cosas revisten también importancia; pero conociendo lo primario, no es difícil establecer, sobre esta base, en qué difieren unos de otros.

La mayor importancia de los conceptos, así como de todo el raciocinio, consiste en que merced a ellos, encontramos y revelamos LA CAUSA de los fenómenos. Ya dijimos que el conocimiento debe habilitarnos para el entendimiento de las leyes que rigen la naturaleza y la vida de la sociedad y que sólo conociendo estas leyes se puede construir su propia actividad práctica. Ahora podemos explicar qué significa el conocimiento de las leyes.

El conocimiento de las leyes es precisamente el entendimiento de las causas principales de los fenómenos. Al descubrir la ley de tal o cual fenómeno, se halla, se entiende por qué, por cuál motivo surge, se origina o existe un fenómeno dado, por qué se desarrolla así y no de otro modo.

Las percepciones sensoriales y la observación, especialmente cuando se trata de fenómenos complejos, no pueden, por sí solos, revelar las causas reales o sea las leyes de esos fenómenos. Aristóteles, el pensa-

dor de la antigüedad griega, que vivió en el siglo IV antes de nuestra era, dijo con acierto que el conocimiento sensorial nos puede sugerir que el fuego es caliente; pero por qué es caliente, esto no lo puede decir.

Limitándonos al conocimiento sensorial podemos equivocarnos en relación a la causa real de un fenómeno; por ejemplo, al ver que después del amanecer al levantarse el sol, se calientan las piedras, relacionamos la causalidad del fenómeno y hacemos la deducción de que el calor irradiado por el Sol es la causa del calentamiento de la piedra; pero no es siempre la sucesión, la secuencia de los acontecimientos y de los fenómenos lo que nos permite establecer la causalidad entre ellos.

Sería absurdo considerar que si un ejército ha sufrido una derrota después de un eclipse solar, sea este eclipse la causa de la derrota. Sin embargo, solían existir antaño semejantes creencias populares, que se fundaban justamente en tales representaciones sobre la vinculación entre los fenómenos.

También suelen atribuirse los cambios de temperatura o del tiempo a la luna nueva o al plenilunio; estas opiniones equivocadas se fundamentan en una secuencia puramente casual de los fenómenos, pues en realidad no hay ninguna relación entre la luna y el clima.

Claro está que limitándose a la observación puramente sensorial es fácil incurrir en el error de tomar como esenciales y decisivas las relaciones casuales entre las cosas.

**LA FUERZA DEL RACIOCINIO CONSISTE EN REVELAR LAS RELACIONES CAUSALES INTERNAS Y REALMENTE IMPORTANTES ENTRE LAS COSAS** Ello significa el conocimiento de las leyes que rigen la naturaleza y la sociedad.

Existe, por ejemplo, la ley de gravedad según la cual cada cuerpo, cada objeto lanzado hacia arriba tiene que caer nuevamente hacia la tierra. Tire una piedra hacia arriba, lance un proyectil de un cañón, lance un chorro de agua de una manguera; la piedra,

el proyectil y el agua, retornarán a la tierra. Tal es la ley natural.

Sería equivocado pensar que el conocimiento de esta ley se reduce simplemente al conocimiento de los hechos, como por ejemplo, el de las cosas lanzadas hacia arriba vuelven a la tierra. Lo principal de una ley es el conocimiento de las causas de los hechos, el conocimiento del por qué los cuerpos y objetos caen sobre la tierra. El raciocinio nos da este saber. La ciencia ha explicado que los cuerpos caen a tierra porque ésta posee una enorme fuerza de atracción.

El conocimiento de las leyes pone en manos del hombre un poderoso medio de dominio de las fuerzas naturales y le permite someterlas a sus necesidades. Apoyándose en el conocimiento de las leyes naturales, los hombres dominan los elementos. Constituyen diques y utilizan la fuerza del agua para aprovechar su energía. Levantan magníficos edificios para vivienda, riegan las tierras áridas, fertilizan el suelo, crean nuevos tipos de plantas, unen los mares y los ríos, etc., etc.

Sabido es que la humanidad anhela hacer tiempo efectuar vuelos interplanetarios, los que tendrían enorme importancia para la ciencia, para el estudio de la naturaleza. Conociendo las leyes naturales, los hombres pueden crear y crear condiciones que permitirán las realizaciones de sus anhelos.

El conocimiento de las leyes que rigen la vida de la sociedad tiene también enorme importancia. Aquí también se revela la fuerza del raciocinio. Basándose en su actividad práctica social, el hombre aprende las causas, las leyes de los fenómenos sociales. Gracias a ello, podemos con pleno conocimiento construir nuestras actividades y luchar por nuestra vida libre y feliz. Sin el conocimiento de las causas de tales o cuales acontecimientos sociales, los hombres estarían ciegos en sus actos, se asemejarían al héroe tan asperamente satirizado en el verso de Kozmá Prutkóv:

Estoy de pie sobre una roca  
¿Me arrojé o no me arrojé al mar?  
No sé qué me manda el Destino:  
¿Lágrimas o penas?

Quizá perplejidad...  
Quizá. Tal vez no me ofenda...  
El grillo cuando salta  
No ve adónde va.

El hombre que no sabe cuáles han sido las causas de tal o cual acontecimiento suele invocar "el destino", pero el "destino" nada tiene que ver. La fe en el destino lo mantiene al hombre maniatado, lo priva de su voluntad, lo hace pasivo ante las fuerzas naturales así como ante los opresores. La religión aprovecha este fatalismo para obligar al hombre a aceptar que la vida humana está dirigida por cierta fuerza divina y misteriosa contra la cual es imposible luchar.

Tomemos por ejemplo acontecimientos como las crisis económicas y la desocupación, que son una calamidad para los obreros y trabajadores de los países capitalistas. Estas crisis aparecen regularmente, más o menos, cada diez o quince años, y durante ellas se cierra muchas usinas, fábricas, se echan a la calle a centenares de miles y millones de obreros. Para formarse un criterio sobre los alcances de la destrucción de bienes materiales acarreada por una crisis basta indicar que las crisis de los años 1929-1933 costó a los EE.UU. 300,000 millones de dólares, lo que equivale aproximadamente a los gastos militares que tuvieron durante la segunda guerra mundial.

¿Cómo se explica, entonces, el origen de las crisis en los países capitalistas? Los sabios burgueses declaran que una crisis es sencillamente un fenómeno casual, que no es obligatoria su aparición. Pero es pura mentira.

Este problema se resuelve merced a la fuerza de la razón humana. Así, como ya lo dijimos, al comprender un fenómeno, al penetrar en su esencia, se encuentra su causa y su ley. ¿Tienen causa las crisis económicas? Sí, la tienen, y esta causa está en el régimen capitalista donde domina la propiedad privada sobre los medios de producción. El fin principal de la producción en el capitalismo, es el enriquecimiento de los capitalistas, el aumento de sus ganancias. Para obtener mayores beneficios, los capitalistas reducen el

salario de los obreros, roban a los pueblos y desencadenan guerras sangrientas.

¿Cuál es el resultado? Los principales compradores de las mercaderías son los trabajadores, puesto que son ellos los que forman la mayoría de la población; pero es justamente a ellos a quienes los capitalistas someten a una despiadada explotación, lo que conduce a que todos los obreros y trabajadores tienen cada vez menos posibilidades de comprar lo indispensable para su subsistencia. Visto que en el régimen capitalista reina la anarquía en la producción, es decir que cada capitalista obra según su propio albedrío tratando de conseguir una mayor producción y por ende mayores ganancias, pronto resulta que hay un exceso de mercaderías, un exceso sobre la demanda de los trabajadores que forman la mayoría. Entonces, como trueno en cielo claro se desencadena la crisis de turno. La producción cae rápida y sustancialmente; aumenta el número de desocupados.

De esta manera vemos que la causa de las crisis económicas está en el régimen capitalista, que las provoca con férrea insistencia, así como la desocupación. Por consiguiente el origen de las crisis económicas a intervalos regulares es una ley y no una casualidad.

No por simple curiosidad deseamos conocer las leyes. Conociéndolas, así como las causas de los acontecimientos sociales, podemos actuar sobre la marcha del desarrollo social luchando por obtener nuestros fines. Una enfermedad puede curarse con éxito sólo conociendo sus causas. Puesto que el capitalismo es la causa de las crisis, de la desocupación, de las guerras, de la explotación del hombre por el hombre y de otros males de los trabajadores, hay que destruir la causa para que desaparezcan los males engendrados por ella, es decir que hay que abolir el capitalismo.

La doctrina marxista-leninista indica el camino de la lucha contra este régimen de opresión y servidumbre. En el país soviético, los obreros y campesinos guiados por el Partido Comunista, terminaron con el capitalismo, por primera vez en la historia y edificaron una sociedad socialista en la que ya no existen

las causas que provocan la explotación, las crisis y la desocupación. Aquí los hombres trabajan para el mejoramiento de su nivel de vida, para el florecimiento de su patria y no para el enriquecimiento de los capitalistas. Las mercaderías se producen para satisfacer las necesidades materiales y culturales de los trabajadores, lo que significa que cuanto más rápida es la producción, tanto mejor se satisface la demanda de la población. Aquí las necesidades de los trabajadores y su incremento rebasan a la producción y la impulsan siempre hacia adelante. Por eso la población soviética está libre de las crisis económicas y de la desocupación.

ASI ELEVANDOSE DESDE LA ETAPA DEL CONOCIMIENTO MEDIANTE LOS ORGANOS SENSORIALES HASTA LA DE LA ELABORACION Y ESTUDIO DE LOS HECHOS POR MEDIO DEL PENSAMIENTO, DEL RACIOCINIO, EL CONOCIMIENTO PENETRA EN LA MAS PROFUNDA ESENCIA DE LOS FENOMENOS. En este peldaño conocemos lo principal: LAS LEYES DE LA NATURALEZA Y DE LA SOCIEDAD.

Sin embargo, tampoco en eso termina el proceso del conocimiento.

d) EL PAPEL DE LA PRACTICA EN LA VERIFICACION DE LA VERDAD DE NUESTROS CONOCIMIENTOS.

Luego de habernos formado determinadas opiniones sobre las cosas y los fenómenos, el conocimiento tiene que pasar por otra etapa de responsabilidad: la verificación en la práctica de los conocimientos adquiridos merced a los órganos sensoriales y al raciocinio.

LA PRACTICA, LA ACTIVIDAD PRACTICA ES EL MEDIO MAS SEGURO Y UNICO PARA VERIFICAR LA VERDAD O LA FALSEDAD DE TAL O CUAL TEORIA. Es como si se tratara del fuego donde la auténtica verdad se templea y todo lo falso se quema, consumiéndose. Por supuesto también en los primeros peldaños del conocimiento toma la práctica una par-

ticipación activa en el proceso de la búsqueda de la verdad, ayudando a formar una representación determinada del objeto estudiado. Con todo, al componernos una imagen del objeto aún no tenemos la garantía de que sea enteramente correcta. Hay que verificarla en la práctica y solamente entonces, cuando ésta haya confirmado nuestra representación de una cosa, podemos estar seguros de haber conocido la verdad.

Por ejemplo, un constructor de aviones crea un nuevo modelo de aparato. Durante el proceso de elaboración del plano del nuevo modelo, así como durante el proceso de su construcción, el constructor se basa en la experiencia acumulada en la construcción de aviones, somete a pruebas prácticas las diferentes partes y detalles. He aquí el nuevo modelo listo. ¿Acaso pueden los constructores del aeroplano estar seguros de que todo está en orden y que todos sus cálculos han sido correctos? Por supuesto que no. Empieza la prueba práctica del avión. A veces refuta el proyecto del constructor, pero si la construcción ha sido correctamente proyectada, la prueba práctica la confirma, introduce sus correcciones y mejoras sustanciales.

Es frecuente, especialmente en las ciencias naturales, que una u otra teoría aparezca al principio en forma de HIPOTESIS, es decir, suposición. Por ejemplo, los sabios soviéticos se dedican al problema de como se han formado los planetas, incluso la Tierra) de nuestro sistema solar. Este problema contiene enormes dificultades, y es comprensible que aquí la verdad aparezca primero como una suposición, como una conjetura. Por supuesto estas conjeturas están apuntaladas por hechos y cálculos, pero no por ello dejan de ser suposiciones. Las hipótesis son luego sometidas a detallada verificación. Algunas no resisten a la prueba práctica; otras sí y se transforman de suposiciones en teoría comprobada.

La teoría marxista del conocimiento considera a la práctica como único criterio capaz de medir y apreciar el valor o la falsedad de los conocimientos adquiridos.

¿Qué ha de considerarse como práctica?

La práctica es ante todo la actividad productiva

de los hombres, puesto que sólo merced a esta actividad pueden existir. La práctica es también una actividad político-social, es una lucha de las clases avanzadas contra las reaccionarias con el fin de producir una alteración revolucionaria del orden social anticuado.

La práctica comprende también los experimentos científicos realizados con el fin de comprobar las representaciones e impresiones obtenidas.

Pero, ¿por qué es solamente la práctica la que da una valoración infalible de la verdad o de la falsedad de nuestros conocimientos? ¿Acaso no puede el raciocinio humano resolver por sí mismo los dilemas sobre la verdad o la falsedad? Los idealistas, por ejemplo, afirman que solamente la razón puede decidir si nuestros conocimientos son correctos o erróneos; pero el punto de vista idealista no resiste a la crítica. El raciocinio humano puede crear representaciones correctas así como erróneas sobre las cosas. ¿Cómo es entonces que él mismo puede resolver cuáles entre ellos son los correctos y cuáles los equivocados?

Algunos idealistas consideran que solamente son verdaderas las representaciones y concepciones que son claras y precisas; sin embargo la claridad y precisión de los conceptos y opiniones no testimonian su verdad. Por supuesto es importante que nuestros conceptos sean claros y precisos, pero su verdad depende de si corresponden a las cosas reales y reflejan correctamente sus propiedades. Para responder a estas cuestiones puede haber y hay un solo camino: la verificación de las opiniones expresadas en la práctica.

Los idealistas rechazan el criterio práctico, porque basta aplicar esta medida científica a sus teorías para que no quede piedra sobre piedra de ellas. Ninguna experiencia, ningún experimento jamás ha comprobado en ninguna parte la tesis de la creación de la materia por la conciencia, mientras que el postulado de los materialistas de que un cuerpo material, el cerebro, es el órgano de la conciencia, se confirma por la vida misma. Sin este órgano es imposible la conciencia ni el pensamiento.

La actividad práctica es el juez supremo en la valoración de la verdad de los conocimientos huma-

nos, porque permite verificarlos "de facto" mediante experimentos. Nuestro conocimiento establece, por ejemplo, que la causa de la dilatación de los cuerpos sólidos, así como de los líquidos y gases, es el calor. Puesto que el experimento confirma y comprueba esta conexión, significa que hemos entendido la causa de la dilatación de los cuerpos y por lo tanto que nuestros conocimientos son exactos.

Hace unos 200 años predominaba en la ciencia la idea de que la causa del calor radicaba en un elemento especial denominado "calórico". Semejante idea se mantuvo como verídica durante mucho tiempo, aunque ninguna prueba práctica pudo revelar el elemento misterioso. El gran sabio ruso Lomonósov demostró que la fuente del calor era el movimiento mecánico de las moléculas, ínfimas partículas de materia. La práctica ha confirmado la falsedad de la teoría del "calórico" y la verdad de la teoría mecánica del calor.

También ha descubierto la ciencia que en la naturaleza se realiza la transformación de la energía calorífica en energía mecánica y motriz. Utilizando esta ley, los hombres han creado numerosos motores térmicos basados en el aprovechamiento de la energía térmica. Claro está que la práctica confirma por entero la verdad de la tesis científica relativa a la transformación de la térmica en energía mecánica.

Hace muchos años, la ciencia estableció que en los núcleos atómicos se concentra una colosal energía, pero sólo el dominio práctico de esta energía pudo dar una entera confirmación de la tesis científica. Como todos saben, la producción de energía atómica ha llegado a ser un hecho real.

También en la ciencia social la práctica es un criterio de la verdad. Aquí también cualquier teoría se verifica en el experimento de la lucha de clases, en la actividad política de los Estados y de los partidos, en la práctica del movimiento de las masas populares: que desempeñan un papel decisivo en la historia.

¿Cuántos siglos hace que los predicadores religiosos han tratado de convencer a las masas trabajadoras de que Dios rige sus destinos, de que su participación en la lucha revolucionaria es dañina, que ha de espe-

rarse con resignación la llegada del Salvador que establecerá el orden y hará más feliz la vida de los hombres? Pero los trabajadores de los países capitalistas se están convenciendo más y más a través de su experiencia vital de que estas enseñanzas son falsas y sirven sólo de instrumento de que se valen las clases explotadoras para mantenerlos por la brida, obligándolos a llevar el yugo de la servidumbre con resignación.

Los idealistas afirman también que no son las masas populares las que desempeñan el papel principal en la vida de la sociedad, sino las personalidades destacadas, los héroes de los cuales dependería toda la orientación del desarrollo social. Pero la vida, la práctica social, ha desvirtuado a cada paso las leyendas religiosas e idealistas y ha enseñado a los trabajadores que "ni Dios ni el rey, ni el héroe" le traerán su liberación. La ciencia marxista armó a las masas trabajadoras con el convencimiento de que sólo su persistente lucha de clases en filas cerradas contra los capitalistas encabezada por el Partido Comunista, les brindará la verdadera libertad, dándoles la posibilidad de edificar un nueva vida.

Los filósofos, economistas y sacerdotes burgueses de todas las iglesias y religiones han consagrado al régimen capitalista como "eterno" y "razonable". El marxismo, hace tiempo que ha rechazado la teoría sobre la eternidad del capitalismo demostrando que se está poniendo fin al régimen capitalista que ha de sustituirse por el socialista.

¿Quién entonces, está en lo cierto? ¿De quién es la doctrina acertada, verdadera, que corresponde a la realidad? Aquí también, la palabra decisiva pertenece a la práctica, a la vida. La experiencia de la gran revolución socialista de octubre en la U.R.S.S. y luego una serie de países de Europa y Asia ha confirmado plenamente la doctrina marxista-leninista que ha pasado por la prueba de fuego de la lucha de clases, en la práctica de la edificación del socialismo en la U.R.S.S. La vida misma ha demostrado dónde está la verdad. Las ideas del socialismo, de la paz y de la democracia, penetran siempre más hondo la conciencia de las ma-

sas trabajadoras del globo, puesto que la vida es el más grande de los maestros y educadores de la humanidad.

Así SOLAMENTE AL PASAR POR EL TAMIZ DE LA PRACTICA NUESTROS CONOCIMIENTOS SOBRE LOS OBJETOS Y LOS FENOMENOS SE TORNAN AUTENTICOS. "Las cosas existen fuera de nosotros —indica Lenin—. Nuestras percepciones y representaciones son sus imágenes. La verificación de estas imágenes y la separación de las verdaderas de las falsas se consigue por la práctica".

### ¿PUEDE EL CONOCIMIENTO DE LA VERDAD SER INMEDIATO Y CONSIDERARSE DEFINITIVO?

Hemos revisado la cuestión del camino que conduce al conocimiento de la verdad, y cuáles son las etapas y los peldaños de ese camino así como los medios a través de los cuales llegamos a conocerla. Aquí surge una nueva cuestión de importancia. Digamos que hemos alcanzado nuestra meta —conocemos tal verdad u otra; pero, ¿podemos considerar cada una de ellas como definitiva, entera, inmutable? ¿Puede cada una de las verdades considerarse definitiva aunque haya sido confirmada por la práctica?

La respuesta es terminantemente negativa y puede provocar la perplejidad de algún lector. Acabamos de demostrar que los conocimientos confirmados por la práctica son verdaderos. Eso es así sin que se pueda negarlo; pero ¿son estos conocimientos la verdad definitiva y entera? Ahí está la cuestión.

Tomemos un ejemplo. Hace unos 20 años, los constructores de aviones bregaban por obtener unos aparatos que volaran a la velocidad de 300-500 kilómetros por hora. La práctica confirmó que ello era posible. Por consiguiente, la teoría como los conocimientos que ayudaron a construir estos aviones, eran sin duda verdaderos.

Admitamos ahora que hubiésemos aceptado esta verdad como definitiva y completa; pero ya se sabe

que ahora se están construyendo aeroplanos cuya velocidad excede en mucho la anterior. Muchos aviones a reacción son supersónicos (el sonido atraviesa en un segundo más de 330 m., es decir, tiene una velocidad superior a 1,200 kilómetros por hora). ¿Cómo quedamos, entonces, con la verdad que hemos considerado "definitiva" y "completa"?

Este ejemplo demuestra cuán erróneo y perjudicial sería considerar que algunas verdades son definitivas y completas.

¿De qué se trata entonces? Se trata de que la práctica misma se desarrolla, se modifica, da nuevas posibilidades de conocimiento que no podía conceder anteriormente. La ciencia también se desarrolla creando posibilidades de un más profundo conocimiento de los fenómenos. Cuando era verdad que los aeroplanos podían volar a una velocidad de 300 a 500 kms. por hora, esta verdad se apovaba en la práctica de entonces, en el nivel de nuestros conocimientos; pero la técnica industrial, la técnica de producción y nuestros conocimientos no se detienen, sino que se desarrollan continuamente en su impulso de aceleración. Es claro que a consecuencia de ello muchas verdades no pueden considerarse ni definitivas, ni eternas.

Las nuevas posibilidades prácticas y científicas nos permiten internarnos cada vez más en el camino del conocimiento de la naturaleza. Algo de las viejas verdades sabidas antaño resulta incierto, inexacto a la luz de los nuevos datos, y la ciencia rechaza esas inexactitudes. Muchas cosas quedan confirmadas por la marcha ulterior del conocimiento, perfeccionándose y ganando en profundidad, exactitud y concepción.

Por lo que antecede vemos que no tenemos el derecho de considerar como eterna a cada verdad alcanzada. Es indudable que hay verdades que podrían llamarse eternas o inmutables, por ejemplo, que la gente nace y muere, es una verdad eterna. También es verdad eterna que las aves vuelan porque tienen alas. Tales verdades "definitivas" hay muchas pero se entiende fácilmente que son verdades muy simples. La ciencia y la vida práctica tropieza a cada paso con verdades más complejas que ni se conocen ni pueden

conocerse de inmediato. Muchas verdades toman siglos si no milenios para hacerse conocer.

Por supuesto, también entre las complejas verdades científicas, hay algunas que podrían considerarse definitivas. Semejantes verdades son por ejemplo, las tesis científicas de que la materia es primaria y la conciencia secundaria, que el mundo consiste en materia en movimiento, que el capitalismo no es eterno, y que es inevitable su sustitución en el mundo entero por el régimen socialista. Pero ha de recordarse que **NUESTRAS REPRESENTACIONES CONCRETAS, HASTA CUANDO SE TRATE DE FENOMENOS YA CONOCIDOS. EN NUEVAS CONDICIONES HISTORICAS, SE AHONDAN MERCED A LOS NUEVOS DATOS PRACTICOS. GANANDO EN EXACTITUD Y FRECUENTEMENTE MODIFICARSE DE MANERA SUSTANCIAL. ESTO ES LA LEY DEL CONOCIMIENTO.**

Citemos un ejemplo.

Desde la antigüedad más remota, los pensadores materialistas de vanguardia defendían firmemente la doctrina de que el mundo consiste en materia; pero sus representaciones concretas, sus conjeturas sobre la materia misma tenían, desde el punto de vista de nuestros conocimientos actuales, un carácter ingenuo. Así unos suponían que todo consiste en agua, otros aseveraban que todos los fenómenos naturales están originados por el fuego y así por el estilo.

Hace 2,000 años el filósofo materialista griego, Demócrito, hizo la suposición de que las cosas circundantes y hasta los seres humanos están formados por ínfimas partículas invisibles de materia, que llamó átomos. En griego "átomo" significa "indivisible". Según estos conceptos, los átomos son las partículas ínfimas e indivisibles de la materia.

La genial suposición del pensador de la antigüedad fue luego confirmada por el ulterior desarrollo de la ciencia. Sin embargo, la ciencia no ha confirmado completamente que todo consta de átomos y ha rechazado muchos conceptos equivocados sobre el átomo, que inevitablemente tenía el sabio de la antigüedad; la ciencia ha precisado, ahondando la doctrina de la materia.

A fines del siglo XIX, muchos sabios pensaban que se había logrado la verdad definitiva sobre el átomo, pero pronto se produjo una verdadera revolución en los conceptos sobre la estructura de la materia. Durante más de 2,000 años se consideró que el átomo es realmente indivisible, es decir, que no se lo podía dividir en partes materiales aún más pequeñas. Resultó que no era así. Se estableció que los átomos, por más pequeños que fuesen por su volumen, estaban compuestos por partículas aún más pequeñas. Ahora se sabe que existen partículas de materia tan ínfimas como los electrones, los protones, los neutrones y otros; pero ¿acaso lo que hoy sabemos sobre la estructura de la materia es ya el límite del saber, la verdad definitiva y completa? Después de todo lo dicho, es claro que sería erróneo considerar nuestros conocimientos de hoy como un límite del desarrollo. Conocemos incomparablemente más de lo que se sabía hace 50 ó 100 años; pero dentro de algunos decenios se sabrá mucho más sobre la estructura de la materia de lo que sabemos ahora, puesto que las posibilidades del conocimiento son ilimitadas y la ciencia se desarrolla cada vez con mayor aceleración.

Así son las cosas con muchas verdades científicas completas. Este ejemplo demuestra cómo se desarrollan nuestros conocimientos: apoyándonos en la práctica en permanente desarrollo, en los conocimientos acumulados, estamos ahondando y perfeccionando nuestras representaciones sobre la naturaleza, revelamos sus nuevas propiedades y peculiaridades. Cada nuevo paso en esta trayectoria libera nuestro entendimiento de lo que había en él de incierto y confuso y añade nuevos granos de verdad objetiva a nuestros conceptos sobre el mundo.

Ello significa que la verdad científica tiene, como dicen los filósofos, un carácter RELATIVO, que es una verdad RELATIVA. Así parece, porque hay que RELACIONARLA vinculándola con las condiciones históricas, con el nivel de la práctica y del saber sobre los cuales está fundada.

Sin embargo, esta relatividad de las verdades científicas no excluye que contengan elementos que no

puedan ser suprimidos por el ulterior desarrollo de la práctica y el conocimiento. La verdad que no puede ser modificada por el ulterior desarrollo del saber se llama verdad ABSOLUTA. Por ejemplo, la premisa de que la materia está construida por átomos y que éstos contienen núcleos, —son partes de la verdad absoluta, tal como se la considera en las actuales concepciones de la estructura de la materia.

Por eso, TODA VERDAD AUTENTICAMENTE CIENTÍFICA CONTIENE ELEMENTOS DE LA VERDAD ABSOLUTA Y COMPLETA.

Es muy importante tenerlo en cuenta, porque sería un craso error suponer que la verdad científica tiene un carácter solamente relativo. Existe una teoría idealista que considera que las verdades científicas son únicamente relativas y no contienen en sí ninguna porción de verdad absoluta. Esta teoría se llama relativismo (del latín "relativus").

El relativismo es una teoría profundamente errónea y perjudicial.

Por la relatividad de las verdades científicas esta teoría entiende no que la verdad no puede conocerse de inmediato entera y definitivamente, sino que interpreta la relatividad de los conocimientos como la imposibilidad de conocer las verdades objetivas, es decir las verdades que reflejan correctamente a la naturaleza. En realidad esta teoría no se diferencia del agnosticismo, de la misma negación de la facultad de conocer el mundo.

En efecto, puesto que tenemos la capacidad de reflejar fielmente la naturaleza, nuestros conocimientos, las verdades logradas por la ciencia han de contener siempre partículas de la verdad absoluta, y cuanto más se desarrollan las nociones tantas más de estas partículas de verdad absoluta contendrán las verdades científicas. Ello no significa que podamos llegar alguna vez a un conocimiento que esté completamente agotado, pues semejante momento, semejante límite no existe y no puede suceder, ya que la naturaleza y la vida social no están estacionadas. Están en eterno proceso de desarrollo, lo que obliga a nuestras nociones a un movimiento de continuo avance y desarrollo,

puesto que, como ya sabemos, el conocimiento humano es el reflejo de la realidad circundante.

Para conducir exitosamente la actividad práctica, hay que tener nociones correctas sobre las condiciones circundantes. Estas condiciones suelen alterarse y a veces lo hacen con bastante rapidez. Si nuestro raciocinio no sigue estas mutaciones y no las refleja, caemos en el engaño con toda nuestra actividad práctica. El humorismo popular en un famoso cuento que ridiculiza a un tonto, se ha mofado de las personas que obran sin tener en cuenta las circunstancias. El héroe del cuento se puso a bailar al encontrarse con un entierro y fue castigado por su alegría inoportuna. Le explicaron que en los entierros las personas lloran y no dan muestras de alegría. Luego en su deambular encontró un casamiento alegre; nuestro héroe se puso a sollozar amargamente suponiendo que aquella verdad que le habían inculcado antes serviría para todas las circunstancias de la vida. Otra vez lo castigaron.

Toda verdad merece ser considerada en íntima relación con las circunstancias del momento. Lo que puede ser correcto en unas circunstancias dadas, puede ser erróneo y falso en otras ocasiones. ¿Cómo responder a la cuestión de si está bien o mal que esté lloviendo? Es claro que una contestación correcta depende de las circunstancias. Al contrario, si hubo mucha lluvia, es perjudicial. Si hace mucho que no llovia, si hay sequía, la lluvia será bienvenida.

Este ejemplo explica por qué la teoría marxista del conocimiento enseña que LA VERDAD NO ES ABSTRACTA SINO CONCRETA. LA VERDAD ABSTRACTA —es la que no toma en cuenta las circunstancias concretas a las cuales se adapta. LA VERDAD CONCRETA —es la que refleja fielmente las circunstancias y se basa en hechos firmes.

Semejante noción de la verdad es especialmente importante para la lucha práctica del Partido Comunista y de todo el pueblo a favor del socialismo. Hace ya más de 50 años que nuestro Partido está a la cabeza de las masas populares dirigiendo su lucha por una vida mejor, por el comunismo. ¡Cuántas veces durante este medio siglo hubo cambios de situación y

cambios en las condiciones de esta lucha! El Partido empezó su actividad durante los sombríos años del zarismo. Durante ese lapso despertó la conciencia de las masas, las instruyó, edificó una sólida organización revolucionaria capaz de llevar al pueblo al asalto del zarismo y del capitalismo. El principal lema del Partido, en este período, fue el lema de la revolución democrática, de la abolición del poder del zar y de los terratenientes.

Cuando en febrero de 1917 venció en Rusia la revolución democrática-burguesa y la situación histórica del país se modificó, el Partido dio una nueva consigna a los obreros y campesinos: la preparación y realización de la revolución socialista.

Nuestro Partido estaba preparado por la teoría de Lenin para la realización de la revolución socialista en Rusia; esa teoría encaraba la posibilidad de una victoria socialista en un solo país.

La creación de esta teoría es un ejemplo brillante de cómo se desarrolla una verdad científica y cómo se transforma, de acuerdo y en consonancia con una nueva situación histórica.

En su época, Marx y Engels expresaron la teoría de que la revolución proletaria podía triunfar simultáneamente en los países más o menos avanzados, y ello podía considerarse acertado en aquella época.

Sin embargo, desde fines del siglo pasado y principios del siglo xx, las condiciones del desarrollo social y de la lucha obrera han sufrido radicales modificaciones, que imposibilitaron el triunfo simultáneo de la revolución socialista en todos los países, posibilitando, por otro lado, la edificación socialista en un solo país, tomado por separado. Teniendo en cuenta la nueva situación, Lenin demostró que la tesis de Marx y Engels era ya inaplicable en las condiciones dadas y por lo tanto creó una nueva teoría, la de una posible victoria socialista en un solo país.

Este ejemplo demuestra a las claras que el Partido Comunista no considera tal o cual verdad como "definitiva" y tiene el valor de revocar o suprimir las tesis que hayan caído en desuso debido a una nueva situación.

La teoría revolucionaria leninista inspiró a la clase obrera de Rusia y a su Partido para la gran hazaña revolucionaria de octubre de 1917.

La actividad directiva del Partido en la estructuración del socialismo en nuestro país abunda en ejemplos brillantes de cómo el Partido toma en cuenta las mutaciones de las condiciones históricas y plantea nuevos problemas ante el pueblo soviético.

Cuando en 1925 fue restablecida la economía nacional destruida durante la primera guerra mundial y luego la guerra civil, el Partido emprendió la industrialización del país. La industrialización socialista era en aquel momento la clave para la solución del problema de estructurar el socialismo en la U.R.S.S. Sin la industrialización habría sido imposible preparar el paso de los campesinos al camino de la agricultura socialista. Cuando el pueblo soviético, bajo la égida del Partido, hubo alcanzado grandes éxitos en la realización de la industrialización y el país se encontró en un ambiente nuevo, el Partido tomó el rumbo hacia la colectivización en masa de la economía rural, enarboló la consigna de liquidación de la clase kulak con el fin de instaurar la colectivización general. La consigna de la industrialización, así como la de la colectivización, reflejaron exacta y oportunamente las tareas de la estructuración del socialismo en diferentes momentos históricos del desarrollo de la sociedad soviética, y es justamente eso lo que constituyó la fuerza de estas consignas.

Así, en circunstancias históricas diferentes, en diversos ambientes, el Partido Comunista ha trabajado con éxito para el pueblo trabajador y sigue sirviéndole, indicándole el camino hacia el triunfo. Ello se explica no sólo porque nuestro Partido expresa los más íntimos intereses de la clase trabajadora, sino porque siempre toma en cuenta determinadas condiciones de lucha y todos los cambios que se producen durante esa lucha, y gracias a ello, puede siempre promover las consignas que el caso requiera.

En otras palabras, en su actividad práctica, el Partido se guía rigurosamente de acuerdo con la teoría marxista del conocimiento en cuanto a la recomen-

dación de no considerar tal o cual verdad o tesis separadamente de las condiciones históricas concretas.

El leninismo enseña que no hay peor enemigo de la ciencia, y por ende del éxito en la actividad práctica, que el DOGMATISMO. ¿Y qué es el dogmatismo? El dogmatismo aborda la verdad como si fuera algo inmutable, no sujeto a comprobación, indiscutible. No le importa que la realidad evolucione, que las condiciones cambien y que nuestros conocimientos hayan de perfeccionarse, profundizarse, enterarse de lo nuevo que produce la vida. Generalmente conoce mal la vida, y no sabe aplicar sus conocimientos. Se aferra a lo caduco, teme las innovaciones y el progreso y no contribuye al movimiento acelerado del conocimiento, sino que lo frena, con su actividad reaccionaria.

El ejemplo que sigue pone de manifiesto el enorme daño que inflige el dogmatismo a la ciencia y a la práctica. El renombrado sabio soviético Williams elaboró un sistema de plantaciones herbáceas según el cual los sembrados de plantas perennes mejoran la calidad del suelo y contribuyen a mejorar las cosechas. El sabio asentó sus deducciones sobre sus estudios en la zona central de Rusia y su falla consistió en recomendar el procedimiento, sin tener en cuenta las diferencias climáticas del país.

En vez de adoptar la teoría de Williams de manera constructiva, se empezó su aplicación en forma dogmática, sembrando plantas perennes donde las condiciones del suelo y del clima no lo exigían y por ende con resultados sin relieve. Enormes áreas fueron sembradas con plantas perennes, reduciéndose las siembras de cereales y otros cultivos que habían aportado antes excelentes cosechas. Esta aplicación dogmática de una teoría acarreó muchos perjuicios a nuestra economía agrícola. La Asamblea de febrero-marzo (1954) del Comité Central del Partido sometió esa práctica a una crítica acertada y le puso fin.

Otro ejemplo demuestra cómo se abordan problemas de manera constructiva en la economía rural. Se trata del agrónomo experimentador T. S. Máltsev, quien, encarando la teoría de Williams desde un punto de vista constructivo, demostró en campos experimen-

tales que la siembra de plantas anuales y no solamente perennes, contribuyen a fertilizar la tierra. Elaboró nuevos métodos de labranza y cultivo, sus experimentos revistieron una enorme importancia para el ulterior desarrollo agronómico, y se aplica ya en vasta escala. El sabio koljosiano hace la advertencia de que su teoría ha de aplicarse también de acuerdo con las condiciones regionales.

El dogmatismo es también muy peligroso y dañino cuando se abordan los fenómenos sociales y de índole política. El gran poder de la doctrina marxista-leninista reside en que no admite ni la menor sombra del dogmatismo. Es una doctrina en constante evolución, que no teme la supresión de sus propias tesis cuando ya no correspondan a las nuevas condiciones históricas.

Se encuentra un grave ejemplo de un planteo constructivo en la nueva teoría de la revolución socialista creada por Lenin en consonancia con las condiciones de la etapa imperialista. Las tesis del Partido Comunista en las que se manifiesta la acumulación de una enorme experiencia en la lucha partidista en las más variadas condiciones históricas, son también brillantes ejemplos para la resolución de problemas complejos. Así es que la teoría marxista del conocimiento enseña que **LAS VERDADES CIENTIFICAS NO SE CONOCEN EN FORMA INMEDIATA Y DIRECTA Y EN LA MAYORIA DE LOS CASOS, NO PUEDEN CONSIDERARSE DEFINITIVAS. SE DESARROLLAN, SE AHONDAN APOYADAS EN EL CRECIMIENTO DE NUESTROS CONOCIMIENTOS Y DE NUESTRA ACTIVIDAD PRACTICA.**

v

## ¿POSEE EL CONOCIMIENTO HUMANO LA FACULTAD DE PREVER EL PORVENIR?

Este problema contiene un interés que no es solamente teórico sino también aplicable en la actividad práctica. Cuando estamos haciendo algo, lo hacemos no solamente en vista de los intereses de hoy, sino también previendo el futuro. Cada persona anhela asegurar su porvenir y el de sus hijos. Los hombres no viven y trabajan a solas, sino que están reunidos en clases como la clase de los obreros y la de los campesinos. Las clases también luchan no sólo por sus intereses y fines del momento.

Es comprensible que los hombres quieran echar una mirada al porvenir, saber cómo, por qué camino seguirá la evolución social, y lo quieren no por simple curiosidad, puesto que conociendo este porvenir, enterándose de los caminos ulteriores de la evolución podrán realizar conscientemente y con éxito su actividad presente. La PREVISION CIENTIFICA consiste en saber echar esta mirada al porvenir comprendiendo cómo será el ulterior desarrollo social.

La previsión científica reviste una enorme importancia, y no sólo en la lucha por la transformación de la vida social; también en la lucha con las fuerzas naturales y su sometimiento a las necesidades humanas. Cuando una nave emprende un largo viaje, hay que saber de antemano cuál será el tiempo que la

espera, si encontrará en su derrotero tempestades o ciclones. Ningún avión emprenderá vuelo hasta que su tripulación no haya recibido el parte meteorológico. Por supuesto, las determinaciones climáticas no son siempre exactas, pero el futuro desarrollo de la ciencia meteorológica ha de proporcionar sin duda la posibilidad de pronosticar el tiempo con mayor precisión.

En tiempos pasados, cuando la ciencia estaba en sus comienzos, su debilidad era siempre aprovechada por medicastro, curanderos y otros oportunistas que vivían a base del engaño. La religión también se valía de estos medios para mantener el miedo entre los pueblos. Cualquier fenómeno natural incomprensible se hacía pasar en aquel entonces, por "símbolo" o "señal" que predecía el destino de los hombres y presagiaba atroces castigos por sus "pecados". Ahora mismo vemos cómo la religión enturbia la conciencia humana, y se utiliza como medio para implantar la ignorancia y el temor.

Antes existía (y existe aún en algunos países capitalistas) una verdadera "ciencia" —la astrología, que intentaba pronosticar el porvenir de los pueblos según la situación de las estrellas y de los planetas, y encontrando ahí la solución de tales o cuales acontecimientos y del destino individual de las personas. Ahora mismo en los países capitalistas hay todo un ejército de charlatanes empleados a sueldo, que envenenan la conciencia de la gente atemorizándola con las atrocidades infernales por su participación en las huelgas, en la lucha política, en el movimiento anti-bélico en su lucha por la paz. Los diarios, revistas y libros, publican delirantes profecías sobre el fin del mundo, el próximo diluvio, etc.

Blandiendo las bombas atómicas y de hidrógeno, los más fervorosos incendiarios de la guerra amenazan a los pueblos con la destrucción de la civilización, con la aniquilación de todo nuestro planeta. En realidad si los imperialistas lograran desencadenar una nueva guerra mundial, ello no significaría la pérdida de la cultura mundial y de la humanidad, sino la caída del régimen capitalista que, en pleno estado de cadu-

dad, sólo aporta a la humanidad aflicciones y calamidades. Todo el sentido de las "profecías" sobre el hundimiento del mundo por causa de la bomba atómica consiste en crear una atmósfera de pánico entre los pueblos, para obligarlos a someterse a la voluntad de los imperialistas.

Los ideólogos burgueses hacen todo lo que está a su alcance para desorientar a los trabajadores, quienes se están dando cuenta más y más de que su feliz porvenir está indisolublemente vinculado con la abolición del capitalismo y la edificación del socialismo. La burguesía no tiene interés en que las vastas masas populares se formen una correcta representación del porvenir. La burguesía no tiene porvenir —ya está en desuso—, tiene que bajar a la tumba. El porvenir pertenece al pueblo trabajador, al mundo del socialismo.

Por eso es que los ideólogos imperialistas niegan la posibilidad de prever cuál ha de ser el camino que seguirá el ulterior desarrollo social, e inventan toda clase de profecías embaucadoras; pero la humanidad ya puede prescindir de misterios y "pronósticos" para adivinar su porvenir. Ahora la ciencia ha logrado posiciones tan sólidas que no necesita echar la buena ventura sino que puede predecir con precisión la marcha de los acontecimientos y de acuerdo con ello crearse metas, en plena conciencia, y luchar por su realización.

¿Por qué es que el conocimiento científico permite hacer previsiones exactas?

No es difícil entender que toda clase de "profecías" basadas en señales accidentales y externas no estén apuntaladas por ningún cimiento científico. Las personas supersticiosas piensan, por ejemplo, que un eclipse lunar o solar puede ejercer influencia sobre la vida humana. Pero ¿cuál es la relación entre este fenómeno y la vida social? Claro está que no hay ninguna. El eclipse lunar o solar se produce por determinadas causas naturales, mientras la vida social se desarrolla según sus propias leyes.

**PARA PODER PRONOSTICAR EL FUTURO CORRECTAMENTE, HAY QUE CONOCER LAS CAUSAS, LAS LEYES QUE RIGEN LOS FENOMENOS.**

La ciencia ha revelado y explicado las causas por las cuales se producen, a determinados intervalos de tiempo, los eclipses lunares y solares. Ahora cada escolar sabe que la tierra gira alrededor del Sol, así como sobre su propio eje y que la Luna es un satélite de la Tierra. La Luna no posee luz propia, está iluminada por el Sol. La Tierra cumple su ciclo alrededor del Sol durante un año, mientras la Luna lo hace alrededor de la Tierra en más o menos 27 días y 8 horas.

Al seguir un derrotero, la Luna se encuentra en un determinado momento entre el Sol y la Tierra, ocultándolo de ésta. A su vez la Tierra al seguir su camino se encuentra en un momento dado entre el Sol y la Luna y ésta puede encontrarse en la sombra de la Tierra. He ahí las causas de los eclipses.

Conociendo las leyes que mueven el Sol, la Luna, la Tierra, conociendo las rutas que han de seguir y la velocidad de su movimiento, se puede predecir con absoluta precisión y con muchos años de anticipación las fechas de estos eclipses.

Lo mismo ocurre en cuanto a otras ramas de la ciencia natural, y así se puede prever el desenvolvimiento de los fenómenos.

Los sabios soviéticos tratan de conseguir el mejoramiento de las clases de plantas y crían razas de animales de alto rendimiento. El gran sabio soviético Michurin solía decir que no podemos esperar favores de la naturaleza y que se trata de arrebatarlos, y trabajó creando nuevos tipos de frutales. Creó más de 300 clases nuevas. Ha de tenerse en cuenta que Michurin no trabajaba a ciegas, dándose por satisfecho con lo que podía conseguir accidentalmente, sino que se proponía determinadas metas y las alcanzaba.

Por consiguiente, también la actividad de los michurinistas transcurre basándose en la previsión científica, lo que es posible porque estudian las causas que provocan las alteraciones en las plantas, indagan

las leyes de la vida vegetal. Las propiedades de cada planta dependen principalmente de las condiciones del ambiente natural externo. Las modificaciones de estas condiciones son las que provocan las alteraciones en las propiedades de las plantas. Al colocar las plantas en determinadas condiciones de existencia, el hombre puede provocar que se produzcan en ellas las alteraciones necesarias, lograr un mejoramiento de los tipos de cereales y otras plantas útiles, y hasta crear nuevas clases.

La doctrina marxista-leninista sobre la sociedad proporciona extraordinarios ejemplos de previsión científica que ha sido ampliamente confirmada por el desarrollo histórico de la sociedad. Ello se verifica en el inevitable triunfo del socialismo y en la teoría leninista sobre la posibilidad del triunfo socialista en un país tomado por separado.

En cuanto a la vida social, la posibilidad de previsión se basa en el conocimiento de las leyes objetivas del desarrollo. Una vez que conozcamos las causas que inevitablemente tienen unas consecuencias determinadas, podremos prever que se produzcan tales o cuales acontecimientos, podremos representarnos el rumbo del desarrollo social.

Citemos un par de ejemplos. Se sabe que mucho antes de desencadenarse la primera y la segunda guerras mundiales, los comunistas advirtieron a la clase trabajadora que los imperialistas estaban preparando estas guerras. En 1914 estalló la primera guerra mundial y en 1939, la segunda.

¿Cuál era la ley social sobre la que se apoyaron los comunistas para prever estas guerras? Partían de la premisa de comprender la esencia y el carácter del imperialismo. En el imperialismo las colonias y esferas de influencia, es decir los mercados de venta, el radio de aplicación del capital, etc., se dividen entre varios países imperialistas. Apoyándose en su poder económico y militar, estos países saquean su colonias, aprovechan las fuentes de materia prima, privando a los países débiles y poco desarrollados de su independencia nacional. Tales estados colonialistas eran y lo

son en parte hoy, Inglaterra, Francia y algunos otros países.

Sin embargo el desarrollo de otros países capitalistas que aparecieron más tarde en la arena histórica, demuestra que están ganando terreno y superando a los viejos estados colonialistas. No habiendo participado anteriormente en la partición del mundo debido a su insuficiente poder económico y militar, ahora reclaman la reestructuración del mundo a su favor, conforme a su poderío.

Esto indica que el desarrollo en el régimen imperialista se produce en forma desigual y a saltos. Los nuevos países capitalistas están ganando a los viejos: así, en vísperas de la primera guerra mundial, los EE.UU. y Alemania superaron a Inglaterra y Francia en su poderío económico.

Debido a la desigualdad del desarrollo económico de los países capitalistas, surgen entre ellos profundas contradicciones y una lucha por el derecho de expoliar a otros pueblos. De ahí las guerras de rapiña por la partición del mundo ya repartido.

Al revelar las causas económicas de las guerras del régimen capitalista, los comunistas nunca han considerado a las guerras como inevitables fatalidades. Al contrario han tratado de organizar a los trabajadores para la lucha contra las guerras imperialistas y si antes no se lograba evitarlas, podía explicarse por la debilidad de las fuerzas que luchaban contra ellas y no estaban suficientemente organizadas.

Ahora es otra cosa. En su desarrollo creador del marxismo el Partido Comunista indica que en la época histórica moderna existe una posibilidad real y práctica de impedir las guerras. Este importantísimo planteo fue establecido por el XX Congreso del Partido. Una vez más al prever semejante posibilidad, el Partido se funda en el conocimiento de las leyes del desarrollo y parte de una nueva situación histórica.

Ahora a la par del anticuado sistema capitalista hay una poderosa fuerza mundial del socialismo. Para su mayor desarrollo, los países socialistas no necesitan de las guerras. Son los adversarios más lógicos de las guerras y a su lado hay una serie de otros estados

interesados en evitarlas. Son ante todo los países como por ejemplo, la India, Egipto, Birmania, etc., que hasta hace poco se encontraban aún en situación dependiente de los imperialistas y que ahora han conquistado su independencia nacional. Además, el movimiento de los pueblos por la paz se ha convertido en poderosa fuerza en todos los países del orbe. Todo ello permite deducir que ahora hay una posibilidad real de evitar nuevas guerras.

Por supuesto, cabe recordar que mientras exista el capitalismo se conservan las condiciones económicas que engendran las guerras. Por ello, para impedir una nueva guerra se necesita una lucha activa contra los incendiarios de guerra, se necesita la vigilancia, el estado de alerta de los pueblos. Con este fin ha de fortificarse el poderío económico y defensivo de los países del campo socialista, lo que permitirá reducir toda tentativa imperialista de desencadenar una nueva guerra.

Hablando de la previsión en la vida de la sociedad, ha de recalarse que los fenómenos sociales son mucho más complejos que los fenómenos naturales. Por eso es más difícil prever las fechas exactas de los acontecimientos. Por ejemplo, puede no haber dudas de que cualquier país donde aún domine el capitalismo ha de seguir, tarde o temprano, el camino del socialismo, pero es imposible prever a ciencia cierta la fecha exacta en que ello se producirá, pues depende de muchas circunstancias concretas del desarrollo social futuro que ahora no se pueden vaticinar.

La importancia de la previsión científica consiste en que permite realizar el trabajo práctico con seguridad. Proporciona la posibilidad de ver no solamente el día de hoy, sino también el mañana; no sólo verlo sino luchar por su acercamiento.

El pueblo soviético ha abierto, por primera vez en la historia, el camino hacia la sociedad socialista. Ahora la tarea está en llevar a cabo con éxito la estructuración del socialismo y realizar el paulatino pase al comunismo. Para alcanzar esta alta meta hay que saber como dirigirse hacia ella. La fuerza del comunismo consiste en que está armado con el conocimiento

de las leyes que rigen la vida social, y por eso ve claramente el camino a seguir para alcanzar la meta.

Para dar cima a la estructuración del socialismo y realizar el pase paulatino al comunismo hay que desarrollar ante todo nuestra producción socialista: la industria, la economía rural y el rendimiento del trabajo.

Para el desarrollo de la producción, para el poderoso levantamiento de la agricultura y de todas las demás ramas de la economía del pueblo, reviste importancia decisiva el crecimiento de la industria PESADA, en comparación con la producción de bienes de consumo. He ahí una de las más importantes leyes económicas del desarrollo de la producción. No ha de suponerse que una producción más acelerada de máquinas, carbón o petróleo, represente para nosotros una finalidad en sí misma. En la sociedad socialista, la meta principal de la producción es la satisfacción de la demanda de los trabajadores; pero, para poder satisfacer estas necesidades en una medida siempre creciente, hay que ampliar la producción, su equipo técnico, promover la agricultura gracias a la mecanización y la electrificación, promover la hacienda y desarrollar la industria ligera. Todo ello es imposible sin el crecimiento aún más rápido de la producción de máquinas, maquinarias, energía eléctrica y sin el continuo incremento en la producción de metales, carbón, etc. Cuanto más rápidamente se obtengan los medios de producción, tanto más rápidamente podrán crecer la agricultura, el transporte, la industria liviana y tanto mejor podrán satisfacerse las demandas de los trabajadores. La industria pesada es la base fundamental de toda la economía nacional.

Una enorme importancia para el desarrollo de la producción la reviste una alta productividad del trabajo. En la sociedad burguesa la productividad del trabajo aumenta considerablemente por cuenta de las fuerzas del trabajador cuyas energías se exprimen. En la sociedad socialista el crecimiento de la producción, se efectúa mediante un continuo progreso técnico, basado en la implantación de una nueva técnica de producción. Esto a su vez, es solamente posible merced al crecimiento, en primer término, de la industria

pesada. El desarrollo de la industria pesada es también la base de la capacidad de defensa y del poderío militar de nuestro país. Por eso es que en el desarrollo principal de la industria pesada el Partido Comunista ve la condición decisiva del ulterior avance de toda la economía nacional, condición importantísima para llevar a cabo y finalizar la estructuración del socialismo y el paulatino pase al comunismo.

Apoyándose en el conocimiento de las leyes que rigen el desarrollo de la sociedad, el Partido Comunista y el Gobierno soviético organizan y dirigen los esfuerzos creadores del pueblo soviético en la construcción del comunismo en nuestro país

## EL CONOCIMIENTO ES UNA GRAN FUERZA EN LA VIDA DE LA SOCIEDAD HUMANA

El conocimiento humano ha alcanzado enormes éxitos en su desarrollo. Al principio el hombre era impotente ante la naturaleza. No la comprendía y temía muchas de sus manifestaciones. El miedo ante las fuerzas destructivas de la naturaleza, engendró las representaciones religiosas. Al hombre le parecía que detrás de cada fuerza natural —como el relámpago o el viento— había un ser vivo que se estaba vengando. Los fenómenos celestes, como el eclipse del Sol o de la Luna, lo impresionaban también por el miedo que le infundían, por que suponía que tenía una vinculación con su vida y eran amenazantes augurios.

Estas supersticiones y prejuicios y muchos otros se radicaron en la conciencia humana y no han sido completamente vencidos hasta hoy. La actividad laboriosa de los hombres y el desarrollo del conocimiento basado en ella han hecho su obra con certeza y perseverancia, ayudando al hombre en su descubrimiento de las leyes naturales.

El hombre no sólo entendió que los relámpagos son descargas eléctricas, sino que dominó esa fuerza, obligando a la electricidad a servirle, a darle luz, calor y a mover sus máquinas.

Desde el hacha de piedra hasta la magnífica técnica moderna que permite al hombre sobrevolar los

océanos a gran velocidad, construir fábricas, tal es el camino recorrido por el hombre gracias al trabajo y al conocimiento. Ahora mismo, vemos cómo la ciencia realiza nuevos y grandes descubrimientos que prometen aún mayores posibilidades para la producción de bienes materiales. Tal es, por ejemplo, el descubrimiento de la energía atómica. Para poner en claro cuál es el significado de este descubrimiento, vamos a citar algunos hechos. Un kilogramo de uranio puede producir tanta energía atómica como la que se obtiene por la combustión de varios trenes ferroviarios de carbón. Ahora, para el funcionamiento de una usina eléctrica que produzca 100,000 kilowatts, y que satisfaga las necesidades de una gran ciudad industrial, hay que suministrar diariamente un tren de vagones cargados del mejor carbón. En el porvenir una usina semejante consumirá solamente 250 gramos de uranio, es decir, una cantidad que pueda contener una caja de fósforos.

Sin embargo, el conocimiento no sólo sirve para resolver el problema del dominio de las fuerzas naturales, por el hombre. Si el mejoramiento del nivel de la vida humana dependiera solamente del sometimiento de las fuerzas naturales, hace tiempo que en el orden entero, la humanidad viviría una vida libre y acomodada, sin miseria ni hambre, ni desocupación, ni guerra, todos éstos inevitables atributos del capitalismo. No obstante, a pesar de los enormes éxitos logrados en el desarrollo de la ciencia y de la técnica, a pesar de las riquezas colosales creadas por la labor humana, millones de hombres de las masas trabajadoras, sufren miseria. Ello se produce porque los progresos científicos y técnicos no se aprovechan en los países capitalistas en interés de los trabajadores. La misma energía atómica, desearían ellos aplicarla no para fines pacíficos sino para fines bélicos.

¿Qué es lo que demuestra todo esto? Demuestra que la vida del hombre depende no sólo del éxito alcanzado por su trabajo en procurarse los bienes materiales. Los hombres pueden crear riquezas incontables; pero si la parte del león está apropiada por los capitalistas y aquéllos reciben no más que una

infima parte, en tales condiciones la labor no es una fuente de alegría sino una maldición. Quiere decir que todo depende aún del régimen social existente en tal o cual país, y para luchar con éxito contra este régimen de opresión y servidumbre hay que conocer las leyes de la vida social.

Los ideólogos burgueses se empeñan en obstruir al conocimiento el acceso a la vida social; pero son esfuerzos inútiles. También en esta cuestión de importancia DECISIVA en la vida humana, el conocimiento ha alcanzado enormes éxitos. La doctrina marxista-leninista ha dado una explicación científica del modo de vida, y qué rumbos sigue el desarrollo de la sociedad humana, y ha demostrado cómo puede conquistarse una vida nueva y feliz.

Desde que se hicieron estos grandes descubrimientos, la clase obrera y todos los trabajadores han dejado de vagar en las tinieblas. El conocimiento de las leyes sociales ha iluminado con un poderoso rayo de luz, su ruta hacia una nueva vida.

En la Unión Soviética se ha edificado una nueva sociedad socialista donde los frutos del trabajo van a las manos de los trabajadores. Los grandes descubrimientos científicos se aprovechan por el gobierno soviético para fines pacíficos para mejorar la vida de los trabajadores, para elevar su bienestar material y su nivel cultural. En nuestro país fue construida la primera usina eléctrica industrial movida por la energía atómica, y eso es solamente el principio. Se están proyectando nuevas usinas eléctricas más poderosas que trabajarán por la energía atómica. Los sabios soviéticos laboran para encontrar una amplia aplicación de la energía atómica, en la industria, en la medicina, en el transporte, etc.

Al hablar del enorme papel que desempeña el conocimiento de la naturaleza y de la sociedad en la vida humana no se puede omitir que la fuerza del conocimiento está contenida en su vinculación, en su unidad con la práctica, y que el papel decisivo corresponde a esta última.

Los hombres no pueden inventar deliberadamente tales o cuales teorías. Las teorías y opiniones sacadas de

la cabeza que no toman en cuenta los datos proporcionados por la práctica, son muertas. Revisten importancia sólo aquellas teorías que se apoyan en la experiencia. Las tesis y teorías aisladas envejecen invariablemente con el tiempo y no se coordinan va con los experimentos nuevos, con las nuevas posibilidades que aparecen en la actividad práctica de los hombres. Tomemos un ejemplo conocido.

En 1935 apareció en nuestro país el movimiento de los trabajadores de vanguardia que dominaron la técnica modernista, aprovechándola para alcanzar una productividad de trabajo antes desconocida. Gracias a los nuevos métodos de labor, consiguieron extraer una cantidad de carbón considerablemente superior, condujeron los trenes con una velocidad extraordinaria, etc. Desde entonces, el movimiento de los innovadores fue ampliamente difundido en todos los sectores de la producción.

Así, por ejemplo, se conoce el movimiento de los obreros metalúrgicos que cortan el metal con una rapidez, no comparable con las normas anteriormente establecidas. Baste decir que los vanguardistas de la producción cortan el metal a razón de 600-700 metros por minuto, mientras que antes no se excedía la norma de 50-60 metros. Hay también obreros que logran cortar 3,000 metros por minuto.

Claro está que los antiguos conceptos de velocidad, en cuanto al corte de los metales, las normas que figuran en los manuales técnicos, ya no corresponden a la práctica nueva y a la experiencia presente. ¿Cuál es la salida de semejante situación? Por supuesto, no es la práctica nueva la que tiene que adaptar sus posibilidades acrecentadas a los conceptos caducos de la ciencia, sino que, es la ciencia la que revisará sus conceptos caídos en desuso creando nociones en consonancia con la práctica nueva.

El ejemplo mencionado permite comprender la ley del desarrollo de nuestro conocimiento. Hasta cierto momento nuestras opiniones y nociones halláanse a la par de la experiencia actual, por haberse formado fundándose en él; en estas condiciones las teorías científicas colaboran al adelanto de la práctica, le

ayudan a conseguir mejores resultados. Cuando surge una divergencia entre los nuevos datos prácticos y las nociones antiguas, la diferencia se vence por el esfuerzo científico para apreciar los nuevos resultados prácticos y la nueva experiencia ganada, ahondando sus nociones y creando teorías nuevas.

Se desprende de esto por qué reviste tanta importancia la unidad entre la teoría y la práctica, entre el conocimiento y la actividad práctica y por qué esta armonía se designa por el marxismo-leninismo como fuerza que mueve nuestro conocimiento hacia adelante. El conocimiento que no asimila los nuevos datos prácticos sino que se separa de ellos, empieza a atrasarse, debilitándose y transformándose finalmente en una ocupación inútil y hasta pernicioso, pues semejante conocimiento ya no puede armar a la práctica. Al contrario, el conocimiento que marcha al unísono con la práctica, que toma nota de los nuevos datos prácticos y revisa audazmente las nociones en desuso, no sólo se desarrolla continuamente sino que también ayuda a la práctica en su avance propulsor. La actividad práctica del Partido Comunista encuentra su fuerza en el apoyo que recibe de la teoría marxista-leninista y ésta, a su vez, consiste en su vínculo indisoluble con la actividad práctica del Partido, enriqueciéndose continuamente en ella.

\*

Tales son los problemas fundamentales de la teoría marxista del conocimiento. Se desprende, de todo lo que antecede, que esta teoría enseña el conocimiento del mundo circundante, demuestra el poder inmenso que representa el conocimiento humano en la vida de la sociedad y por qué hay que estudiarla para luchar con mayor éxito por la vida comunista.

## ESTUDIO SOBRE LA HISTORIA DEL CRISTIANISMO PRIMITIVO

F. ENGELS

La historia del cristianismo primitivo nos ofrece puntos notables de contacto con la del movimiento obrero moderno. El cristianismo, al igual que éste, era en su origen la expresión de los oprimidos y se presentaba primeramente como la religión de los esclavos, los libertos, los pobres, los hombres privados de derecho y de los pueblos subyugados o dispersados por Roma. Ambos movimientos, el cristianismo y el socialismo, predicaban el término inmediato de la esclavitud y la miseria: el primero lleva esta libertad aún más allá, a una vida después de la muerte, en el cielo; el segundo, colócala en este mundo, y la concibe mediante una transformación de la sociedad. Ambos son perseguidos y sus partidarios proscritos y sometidos como enemigos a leyes de excepción, unos del género humano y otros del orden social. Y a pesar de todas las persecuciones podría decirse directamente favorecidas por ellas, uno y otro siguen victoriosamente, irresistiblemente, su camino.

Tres centurias después de su nacimiento, el cristianismo es reconocido por Roma como religión del Estado del imperio del mundo; en menos de sesenta años el socialismo conquista posición tal, que su triunfo definitivo se halla absolutamente asegurado.

El profesor A. Menger, en su *Droit au produit intégral du travail*, (Derecho al producto íntegro del trabajo), se extraña de que en tiempo de los emperadores romanos, vista la colosal concentración de bienes y raíces y siendo tan grandes los sufrimientos innumerables de la clase trabajadora, compuesta en su mayor parte de esclavos, "el socialismo no se implantara después de la caída del Imperio de Occidente". Menger no ve, precisamente, que este "socialismo", en la medida posible en la época, existía, en efecto, y llegaba al poder con el cristianismo. Únicamente que el cristianismo —y esto era fatal, dadas las condiciones históricas de la época— no quería llegar a la transformación social en este mundo, sino más allá, en el cielo, en la vida eterna, después de la muerte en el inminente "millenium".

En la Edad Media se manifiesta ya el paralelismo de los dos fenómenos cuando las primeras sublevaciones de aldeanos oprimidos, y particularmente desde el de los plebeyos de las ciudades. Tales sublevaciones, al igual que todos los movimientos de las masas de la Edad Media, llevaban necesariamente una máscara religiosa: aparecían como restauradoras del cristianismo de los primeros tiempos, a raíz de una corrupción invasora; pero detrás de la exaltación religiosa regularmente se ocultaban los más positivos intereses materiales.

Dicho hecho se manifestaba de una manera positiva en la organización de los tabaritas de Bohemia, bajo la dirección de Juan Zizca, de glorioso recuerdo. Mas dicho rasgo persiste a través de la Edad Media hasta ir desapareciendo lentamente después de la guerra de los aldeanos alemanes, para reaparecer de nuevo después de 1830 en los obreros comunistas. Los comunistas revolucionarios franceses, al igual que Weitling y sus partidarios, invocan el cristianismo primitivo mucho antes que Renán llegara a decir:

"Para tener una idea de las primeras comunidades cristianas, no se necesita sino observar una sección local de la Asociación Internacional de los Trabajadores".

El literato francés que, por una explotación sin igual, aun dentro del periodismo moderno, ha confeccionado, de la crítica bíblica alemana, la novela eclesiástica **LOS ORIGENES DEL CRISTIANISMO** ignoraba toda la verdad que encerraban sus palabras. Yo quisiera ver por ejemplo, al antiguo internacionalista leyendo la segunda epístola a los corintios, atribuida a Pablo, sin que en un punto al menos, no se renovasen en él heridas antiguas. Toda la epístola, a partir del Capítulo VIII, reproduce el eterno lamento tan conocido: **LAS COTIZACIONES NO LLEGAN**. Los más celosos propagandistas del año 1865 hubiesen estrechado la mano al que hizo esta frase, cualquiera que fuese, murmurándole al oído con simpática atención: "¡También a tí, compañero, te ocurrió igual!" También nosotros podríamos decir muchas cosas sobre este extremo; pues también en nuestra Asociación había corintios. Dichas cotizaciones que no llegaban a percibirse y que daban vueltas ante nuestros ojos de Tántalo, eran justamente los famosos millones de la Internacional.

Una de nuestras fuentes mejores acerca de los cristianos primitivos es Luciano de Samos, llamado el Voltaire de la antigüedad clásica, que conservaba una actitud igualmente escéptica frente a toda clase de superstición religiosa, y que, por lo tanto, no tenía motivo —ni por creencias pagana ni política— para tratar a los cristianos de distinta manera que a cualquier otra asociación religiosa. Búrlase por el contrario, de todas por su superstición, lo mismo de los adoradores de Júpiter que de los de Jesús. Desde su punto de vista, que es racionalista por completo, tan inepto es su género de su superstición como otro. Tal testigo, imparcial en todo caso, cuenta, entre otras cosas, la biografía del aventurero Peregrinus, que se llamaba Proteo de arium, del Helesponto. El citado Peregrinus debutó en su juventud, en Armenia; con un adulterio; atrapado *in fraganti*, fue colgado, tal como la costumbre del país. Afortunadamente para él, pudo escapar con vida y estranguló a su anciano padre, viéndose luego obligado a huir. "Por ese entonces se hizo instruir en la admirable religión de los

cristianos, afiliándose en Palestina y uniéndose a algunos de sus sacerdotes y escribas". Este hombre hízoles ver que sólo eran niños. Profeta, tiarsaca y jefe de asamblea, sucesivamente, fue a la vez intérprete de sus libros, explicándolos y escribiendo algo de su cuenta. Muchas gentes considerábanlo como a un dios, un legislador o un pontífice, igual al que fuera crucificado en Palestina, por haber introducido un nuevo culto entre los hombres. Por el mismo motivo fue detenido Proteo y encerrado en la cárcel. "Apenas preso, los cristianos, que se vieron ofendidos en su persona, hicieron cuanto les fue posible para liberarlo; mas no consiguiéndolo, le prestaron todo género de servicios con celo e interés incomparables". "Desde temprano acudía alrededor de la cárcel una multitud de viejas, de viudas y de huérfanos. Los jefes principales de la secta pasábanse la noche al lado de Proteo, después que habían corrompido a los carceleros. Hacíanse llevar manjares y leían los libros santos. El virtuoso Peregrinus, que aun se llamaba así, era considerado por ellos como el nuevo Sócrates. Además, algunas ciudades del Asia, le enviaron representantes en nombre de los cristianos para prestarle apoyo, y servirle de abogados y defensores. No era de esperar tal celo en semejantes circunstancias. En resumen, no sólo nada faltó a Peregrinus, sino que bajo el pretexto de su prisión, recibió importantes sumas de dinero y asegurándose una renta considerable".

"Desgraciados como suponen que son inmortales y que vivirán eternamente. Por lo tanto, desprecian los suplicios y se entregan voluntariamente a la muerte. Su primer legislador convencidos de que todos eran hermanos de clase. Desde que cambiaron de culto, hicieron renuncia a los dioses de los griegos y adoraron al sofista crucificado, cuyas leyes han seguido. Igualmente han despreciado todos los bienes poniéndolos en común, bastándoles la fe absoluta que tienen en sus palabras. De manera que si se presenta entre ellos un impostor, un pícaro osado, fácil ha de serle enriquecerse pronto, riéndose para sus adentros de la simplicidad de los demás".

Peregrinus pronto quedó en libertad por orden del gobierno de Siria.

Luego de narrar otras aventuras, dice Luciano: "Peregrinus vuelve a su vida errante, acompañándole en sus correrías de vagabundo una tropa de cristianos que le sirven de satélites y atienden en forma amplia a sus necesidades. En esta forma se hace mantener durante algún tiempo.

"Pero poco después, faltando a algunos de sus preceptos (se le vio, según entiendo, comer algún manjar prohibido), fue abandonado de su cortejo y reducido a la miseria".

¡Cuántas memorias de la juventud despierta en mí la lectura de este pasaje de Luciano! En primer lugar, el "Profeta Albrecht", quien a partir de 1840 y durante algunos años hizo peligrar —en letras— las comunidades comunistas de Weilling, en Suiza. Era un hombre fuerte y de alta talla, de larga barba blanca; recorría a pie la Suiza buscando auditorio que escuchase su nuevo evangelio de emancipación humana. Resultó un ser inofensivo y en buena hora cerró los ojos.

Tuvo un sucesor menos inofensivo, el doctor Jorge Kuhlmann de Holstein, quien aprovechó el tiempo en que Weilling se encontraba preso para convertir a su evangelio a los comunistas de la Suiza francesa, lo que consiguió por cierto tiempo, atrayendo a su causa al más espiritual, al propio tiempo que el más botemio de entre ellos: Augusto Becker. Kuhlmann daba conferencias, que se publicaron en 1845 en Ginebra con el título de LE NOUVEAN MONDE OU LE ROYAUME DE LEESPRIT SUR LA TERRE. ANNONCIATION. (El Nuevo Mundo o reinado del espíritu en la tierra. Anunciación). En la introducción del libro, probablemente redactada por Becker, se dice:

"Hacía falta un hombre, en labios de quien, todos nuestros sufrimientos, nuestras esperanzas y aspiraciones, todo lo que conmueve más profundamente nuestro tiempo, en fin, encontrarse eco. Ha aparecido este hombre que esperaba nuestra época. Es el doctor Jorge Kuhlmann, de Holstein. Háse presentado con la

doctrina del nuevo mundo, o sea, del reinado del espíritu en la realidad".

Merece la pena dejar sentado que esta doctrina del nuevo mundo era únicamente una manifestación del más vulgar sentimentalismo expresado en una fraseología pseudobíblica, a lo Lamennais, y divulgado con arrogancia de profeta, lo que no evitaba que los buenos discípulos de Weitling llevasen a este charlatán en triunfo como los cristianos del Asia hicieron con Peregrinus. Ellos, que por lo común eran archidemocráticos e igualitarios, que recelaban de todo maestro de escuela, de todo periodista y de quienes pretendían explotarles, dejáronse persuadir por este disparatado Kuhlmann, que en el "nuevo mundo", él mismo, el más sabio, el más prudente, sería quien reglamentaría el reparto de los goces; mientras los discípulos tenían que suministrar los placeres que desease el sabio, se deberían contentar con la migajas. Y Peregrinus-Kuhlmann vivió en la alegría y la abundancia... mientras ésta pudo durar.

Mas en verdad no duró mucho. El descontento creciente de excépticos e incrédulos y las amenazas de persecución del gobierno pusieron término al reinado del espíritu de Lausana. Kuhlmann tuvo que desaparecer.

Hechos similares acudirán en tropel a la memoria de cuantos hayan intervenido en los orígenes del movimiento obrero europeo. En la actualidad, estos casos extremos son imposibles, por lo menos en los grandes centros obreros. En las localidades de menor importancia, donde el movimiento se desarrolla en terreno virgen; un Peregrinus de esta especie podría tentar fortuna y aún obtener un resultado relativo y momentáneo.

Y de la misma manera afluyen al partido obrero de todos los países cuantos elementos no tienen nada que esperar del mundo oficial o que son expulsados de él tales como los adversarios de la vacunación, los vegetarianos, los partidarios de la medicina de los curanderos, los predicadores de las congregaciones disidentes, cuyas ovejas desertaron, los autores de nuevas teorías sobre el origen del mundo, los invento-

res desgraciados o fracasados, las víctimas de contratiempos reales o imaginarios, los imbéciles honrados y los insolentes impostores —igual cosa ocurrió con los cristianos. Todos los elementos que emancipara el proceso de disolución del mundo antiguo, eran sumados, unos después de otros, al círculo de atracción del cristianismo el elemento único que resistía a esta disolución justamente porque era un producto especial y, por consiguiente, subsistía y se engrandecía, mientras que los otros elementos tenían vida efímera. No se sabe de exaltación, extravagancia, bajeza o pillería que no se produjera en los jóvenes comunistas cristianos. Y como los comunistas de nuestras primeras comunidades, vale decir, los primeros cristianos, eran de una excesiva credulidad en todo cuanto se relacionaba con sus creencias, resulta que no sabemos de manera positiva si entre el gran número de escritos que compuso Peregrinus para la cristiandad, se han deslizado fragmentos de nuestro Nuevo Testamento.

## II

La crítica bíblica alemana, que ha sido hasta ahora la única base científica de nuestro conocimiento de la historia del cristianismo primitivo, ha seguido una tendencia doble.

Una de tales tendencias hállese representada por la escuela de Turbinga, a la cual pertenece también en su más amplia acepción, D. F. Strauss. Esta escuela va tan lejos en el examen crítico, como hacerlo pudiera cualquier otra entidad teológica de este género. Acepta que los cuatro evangelios no son relatos de testigos oculares, y si recopilaciones de escritos anteriores, y que cuando más son auténticas cuatro de las epístolas atribuidas a San Pablo. Repudia como inadmisibles en la narración histórica, todos los milagros y también las contradicciones. Por lo demás, trata de salvar lo posible, transparentándose, en esta parte, su carácter de escuela teológica. Y es sabido a esta escuela de Renán, que se funda en gran parte, sobre ella, aplican el mismo método, ha podido salvar mu-

chos otros fragmentos. Aparte de numerosas relaciones del nuevo testamento más que dudosas, pretende imponernos cantidad de leyendas de mártires como históricamente verídicas. En todo caso, la escuela de Tubinga rechaza del Nuevo Testamento como apócrifo o no histórico, puede ser considerado como descartado en forma definitiva de la ciencia.

La otra tendencia se halla representada por un solo hombre, Bruno Bauer. Su gran mérito estriba en haber criticado en forma resuelta los evangelios y las epístolas apostólicas y en haber sido el primero en haber procedido seriamente en el examen, no solamente de los elementos judíos y greco-alejandrinos, sino también de los griegos y greco-romanos que al cristianismo abrieron el camino de la religión universal. La leyenda del cristianismo, nacido por entero del judaísmo, arrancado de Palestina para conquistar el mundo por medio de un dogma y una ética trazada a grandes rasgos; es imposible de ser sostenida después de Bauer. Desde ese entonces podrá continuar vegetando en las facultades teológicas y en el espíritu de las gentes que tratan de conservar la religión para el pueblo, aunque en menoscabo de la ciencia. En el desarrollo del cristianismo, tal como lo elevara Constantino a la categoría de la escuela de Filemón, de Alejandría, la vulgar filosofía greco-romana y en particular la estoica. Mucho dista esta parte de ser precisada en los detalles, pero queda demostrado el hecho y en él consiste, de una manera preponderante, la obra de Bruno Bauer. Sentó Bauer las bases para la demostración de que el cristianismo no fue importado al exterior de la judea e impuesto al mundo greco-romano al menos en la forma que revistió como religión universal, como producto especial de dicha sociedad.

En este trabajo Bauer excedió naturalmente en mucho el objetivo perseguido, tal como ocurre a todos los que combaten inveterados prejuicios. Con el fin de demostrar la influencia de Filemón y, particularmente de Séneca, acerca del cristianismo primitivo, hasta en el punto de vista literario, y, de presentar en manera formal a los autores del Nuevo Testamento

como plagarios de estos filósofos, véase obligado a retardar un medio siglo la aparición de la religión nueva, a rechazar los datos contrarios de los historiadores romanos y en general a permitirse graves libertades con la historia. Según él, el cristianismo en sí sólo aparece bajo los emperadores Flavios, y la literatura del Nuevo Testamento bajo Hadrián-Antonio y Marco Aurelio. De esta manera desaparece en Bauer todo fondo histórico para las narraciones del Nuevo Testamento referentes a Jesús y a sus discípulos, y se disuelven en leyendas, en las que las fases de desenvolvimiento interno y los conflictos de las primeras comunidades se atribuyen a personas más o menos ficticias. Galilea ni Jerusalén no son, según Bauer, los lugares en que nació la nueva religión, sino Alejandría y Roma.

Por tanto, si la escuela de Tubinga nos ofrece de la historia y la literatura del Nuevo Testamento, el máximo extremo de lo que la ciencia puede aún mismo en nuestros días dejar pasar como sujeto a controversia, Bruno Bauer preséntanos el máximo de lo que puede ser combatido. Entre ambas tendencias se halla la verdad. Que ésta, con los medios de la actualidad, sea susceptible de ser determinada, es cosa que puede parecer problemática. Nuevos descubrimientos, particularmente en Roma, en Oriente y sobre todo en Egipto, contribuirán a ello en mejor manera que toda crítica.

En el Nuevo Testamento no hay, luego, más que un libro en el que se pueda fijar, con algunos meses de diferencia, la fecha de su redacción. Este libro debió ser escrito en junio del año 67 y en enero o abril del 68. Por lo tanto, pertenece a los primeros tiempos del cristianismo y refleja las nociones del mismo con la seguridad más ingenua y en lenguaje apropiado. En mi opinión, este libro es más adecuado, para determinar lo que fue realmente el cristianismo primitivo que todo el resto del nuevo Testamento, escrito con mayor posterioridad. Este libro, es el llamado APOCALIPSIS, de San Juan. Y como este libro por añadidura, es en apariencia el más obscuro de la biblia ha pasado a ser hoy, merced a la crítica ale-

mana, el más comprensible y el más transparente de todos, se me permitirá hablar de él a mis lectores.

Basta echar una ojeada sobre el libro aludido para convencerse del estado de exaltación del autor y del "medio ambiente" en que vivió. Nuestro APOCALIPSIS no es el único de su género y de su tiempo. Desde el año 164 antes de nuestra era, de donde el primero que nos ha sido conservado, el libro llamado de Daniel, hasta unos dos siglos y medio de nuestra era, fecha aproximada del Carmen, de Comodiano, Renán llega a contar quince apocalipsis clásicos llegados hasta nosotros, sin contar ulteriores imitaciones. (Cito a Renán, porque su libro es el más accesible y conocido en los círculos profesionales). En tal tiempo, en Roma y en Grecia, y más todavía en el Asia Menor, en Siria y en Egipto, aceptábase sin examen y completada con piadosos engaños de un charlatanismo insolente, una mezcla disparatada de las más crasas supersticiones de todos los países, donde desempeñaban un gran papel de taumaturgia, las convulsiones, la adivinación del porvenir, la alquimia y otras hechicerías ocultas.

El cristianismo primitivo nació en esta atmósfera y entre gentes que estaban más que todas las otras, predispuestas a aceptar lo sobrenatural. También los herejes de Egipto, como entre otras cosas prueban los papiros de Leide, están en el siglo II de la era cristiana entregados fuertemente a la alquimia y han incorporado a sus doctrinas nociones alquimistas. Los matemáticos caldeos y judíos que, como dijera Tácito, fueron por dos veces, durante el reinado de Claudio y el de Vitelio, echados de Roma por practicar la magia, no ejercían otras artes geométricas que las que hallamos en el mismo APOCALIPSIS de San Juan.

Agrégase a esto que todos los APOCALIPSIS se atribuyen el derecho de engañar a sus lectores. No sólo se hallan escritos, por regla general, por personas distintas de sus pretendidos autores, en su mayoría más modernos, por ejemplo, el libro de Daniel, el de Henoch, los APOCALIPSIS de Esdra, de Baruch, de Judá, etc., y los libros sibilinos, sino que en el fondo no profetizan más que cosas ocurridas tiempo atrás y

perfectamente conocidas del verdadero autor. Así, en el año 146, poco antes de morir Antíoco Epifano el autor del libro de Daniel hace decir a éste, como viiendo en la época de Nabucodonosor, el ascenso y la decadencia de la dominación persa y la macedónica y la fundación del imperio mundial de Roma, con el fin de predisponer a sus lectores, mediante esta prueba de sus dones proféticos, a aceptar su profecía final, es decir, que el pueblo de Israel vencerá todos los obstáculos y al fin quedará victorioso. Si el APOCALIPSIS de San Juan es, entonces, obra del que figura como autor, constituye la sola excepción en la literatura apocalíptica.

El Juan que pasa por autor era, en cierto modo, un hombre muy considerado por los cristianos del Asia Menor. Lo atestigua el tono de las epístolas mínimas a las siete comunidades. Podría ser, entonces que éste fuese el apóstol Juan cuya existencia histórica si no es por completo auténtica, es por lo menos muy verosímil.

Y si el citado apóstol fuese en realidad el autor, tanto mejor para nuestra tesis. Esto sería la mejor prueba de que el cristianismo de este libro es el verdadero, es el positivo cristianismo primitivo. Se halla probado, digámoslo de paso, que la revelación no es del mismo autor del Evangelio de las tres apóstolas que se atribuyen a Juan.

EL APOCALIPSIS consiste en una variedad de visiones. Aparece en la primera Jesucristo vestido de gran sacerdote, avanzando entre siete candelabros de oro representando las siete comunidades asiáticas, y dicta a Juan las cartas a los siete "ángeles" de dichas comunidades. Obsérvase desde sus comienzos la diferencia de este cristianismo, que choca de evidente manera con la religión universal de Constantino, que se adoptara en el concilio de Nicea. La Trinidad no solamente es desconocida aquí, sino que es una imposibilidad. En vez del Espíritu Santo único que después vemos, existen los siete espíritus de Dios "dirigidos por rabinos" (Isaías, XI, 2).

Jesucristo es el hijo de Dios, el primero y el único y último, el Alfa y el Omega, persona Dios mis-

mo, ni un igual a Dios; por el contrario es "el príncipe de la creación de Dios", y, por lo tanto, una emanación de Dios, existente en todo tiempo, pero subordinada, semejante a los siete espíritus ya citados.

En el capítulo xv, 3, los mártires "entonan en el cielo el cántico a Moisés, servidor de Dios, y el cántico del cordero", para la gloria de Dios. Jesucristo es crucificado en Jerusalén, ix, 8), pero resucitado (i, 5, 8): es cordero sacrificado por los pecados del mundo, y los fieles de todos los pueblos y de todas las lenguas han sido rescatados a Dios por su sangre. En esto estriba la fundamental concepción que permite al cristianismo convertirse en religión de la tierra entera. La idea de que los dioses, ofendidos por las acciones de los hombres, pudiesen mostrarse propicios a causa de sacrificios realizados, era común a todas las religiones de los semitas y de los europeos. Fue esta la primera concepción fundamental revolucionaria del cristianismo (tomada de la escuela de Filón), que sostiene que merced a un gran sacrificio voluntario, de uno, los pecados de todos los tiempos y de todos los hombres pueden ser expiados una vez por todas, por los fieles. De esta manera desaparecería la necesidad de todo sacrificio ulterior, y por consiguiente, la base de numerosas ceremonias religiosas y ceremonias que impedían el comercio con hombres de distintas creencias, era condición indispensable de una religión universal. No obstante, se hallaba tan arraigado en las costumbres populares el hábito de los sacrificios que el catolicismo, que nuevamente adoptó tantas costumbres paganas, consideró útil acomodarse a esta costumbre introduciendo al menos el sacrificio simbólico de la misa. En cambio en nuestro libro no se halla ningún vestigio del pecado original.

Lo que caracteriza en particular estas epístolas misivas, así como todo el libro, es que nunca ni en ninguna parte se le ocurre al autor la idea de designarse, él y los suyos, más que como judíos. A los sectarios de Smirna y de Filadelfia, contra los cuales se levanta, díceles: "Ellos se llaman judíos y no lo son; pertenecen a la Sinagoga de Satán". De los de Pérgamo, añade: "Conservan la doctrina de Ballaam, quien enseñaba a

Balaac a realizar un escándalo ante los hijos de Israel, a fin de que comiesen cosas que eran sacrificadas a los ídolos y se entregasen a la fornicación".

Por lo tanto, nos hallamos no ante cristianos conscientes, sino ante gente que se consideran judíos. Sin la menor duda, el judaísmo es una nueva fase del desenvolvimiento del antiguo: por eso, precisamente es el único verdadero. Por tal razón, cuando la aparición de los santos ante el trono de Dios acuden en primer lugar 144,000 judíos, 12,000 de cada tribu, y únicamente después la innumerable multitud de paganos convertidos a este judaísmo renovado. Nuestro autor hallábase lejos de sospechar, en el año 69 de nuestra era que representaba una fase completamente nueva de la evolución religiosa, destinada a ser uno de los elementos más revolucionarios en la historia del espíritu humano.

Tal como puede verse, el cristianismo inconsciente de entonces estaba muy lejos de ser la religión universal adoptada dogmáticamente por el concilio de Nicea. No se descubre en él ni el dogma ni la ética ulterior; pero, en cambio, está el sentimiento de que se halla en lucha contra un mundo y de que de ella se saldrá vencedor; un ardor bélico y una seguridad de vencer de que por completo carecen los cristianos de nuestros días y que únicamente se encuentran en el polo opuesto de la sociedad; entre los socialistas.

Efectivamente, la lucha contra un mundo todopoderoso y la lucha simultánea de los innovadores entre sí, es común a los primitivos cristianos y a los socialistas. Lo dos grandes movimientos no se realizan por jefes y profetas —aunque no faltan profetas— en uno ni otro; son movimientos de las masas. Y todo movimiento de las masas es, en un principio, necesariamente confuso; confuso, porque todo pensamiento de las masas muévase en contradicciones, porque carece de claridad y coherencia; además, confuso necesariamente, por el papel que en los comienzos desempeñan los profetas. Dicha confusión se manifiesta en la formación de numerosas sectas que se combaten entre sí, con tanto encarnizamiento por lo menos como el enemigo común de fuera.

Tal ocurrió en el cristianismo primitivo; ocurrió también en los albores del movimiento socialista, por muy sensible que fuese para las personas honradas y bien intencionadas que predicaban la unión cuando no era posible entonces.

¿Es que la Internacional se hallaba en estado de cohesión debido a un dogma único? En manera alguna. Había en ella comunistas de acuerdo con la tradición francesa anterior a 1848, quienes a su vez, representaban matices diversos, comunistas de la escuela Weitling y de otras todavía pertenecientes a la liga regenerada de los comunistas: prudhonianos, que eran el elemento que predominaba en Francia y en Bélgica, blanquistas, el partido obrero alemán y por último los anarquistas bakuninistas, que en un momento llegaron a dominar. Y todavía estos no eran sino los grupos principales. A partir de la fundación de la Internacional, fue necesario un cuarto de siglo para efectuar de manera general y definitiva de la división con los anarquistas y para establecer una inteligencia cuando menos sobre los principales puntos de vista económicos. Y esto con los medios nuestros de comunicación, ferrocarriles, telégrafos, grandes ciudades industriales, prensa y reuniones públicas.

Igual división existió entre las sectas innumerables de los primeros cristianos, que dio lugar a la discusión que había de producir la unidad ulterior. Esta misma división la vemos manifiesta en este libro, a no dudarlo el documento cristiano más antiguo y en el cual el autor fulmina contra ella con la misma cólera que contra el resto del mundo pecador. La emprende primeramente contra los nicolaítas de Efeso y de Pérgamo que se llaman judíos, pero que son de Sinagoga de Satán en Smirna y en Filadelfia; contra los partidarios de la doctrina del falso profeta, el llamado de Ballaam de Pérgamo; contra quienes dicen ser profetas y no lo son, en Afeso, y para terminar contra los partidarios de la falsa profetisa conocida con el nombre de Jezabel, en Tivira. Nada conocemos de un modo preciso de estas sectas: solamente se dice de los sucesos de Ballaam y de Jezabel que comen man-

jares sacrificados a los ídolos y que se entregan a la fornicación:

Se ha querido hacer pasar estas cinco sectas como otros tantos cristianos paulinos y todas las epístolas como dirigida contra Pablo, el apóstol famoso, el pretendido Ballaam y "Nicolás". Los argumentos poco convincentes que se esgrimen hallanse reunidos en San Pablo, de Renán (París 1869, páginas 303, 305, 367-370). Todos tienden a explicar nuestras epístolas misivas por los Actos de los Apóstoles y las epístolas llamadas de Pablo, escritos que en su actual redacción son posteriores sesenta años a la Revelación, pues los datos relativos a los mismos son bastante dudosos y se contradicen absolutamente entre sí. Pero soluciona el problema suponer que no es fácil al autor se le haya ocurrido dar a una sola y misma secta cinco designaciones distintas: dos para la de Efeso (falsos apóstoles y nicolaítas), y dos también para Pérgamo (los balamitas y los nicolaítas), y éstos designándoles expresamente como dos sectas distintas. No queremos negar, sin embargo, que entre estas sectas pudiese haber elementos que hoy se considerarían como pertenecientes a las sectas de los paulinos.

En las dos partes en que particulariza la acusación, se limita al consumo de cosas sacrificadas a los ídolos y la fornicación, dos puntos sobre los que los judíos —al igual los antiguos que los judíos cristianos— estaban en perpetua disputa con los paganos convertidos. Servíase la carne procedente de los sacrificios paganos no sólo en los festines, donde podía parecer inconveniente y resultar peligroso el rehusar las viandas, sino que además se vendía en los mercados públicos, donde no era muy posible discernir si era o no Koscher. Como fornicación, estos mismos judíos no sólo comprendían el comercio sexual fuera del matrimonio, sino el mismo matrimonio en los grados de parentesco prohibidos, o bien entre los judíos y los paganos, y este es el sentido que generalmente se ha dado a la frase en el pasaje de las Actas de los Apóstoles xv, 20 y 29.

Pero Juan, el que consideramos, tiene su manera de apreciar cuanto atañe al comercio sexual permitido

a los judíos ortodoxos, y al efecto dice (xiv, 4) de los 144,000 judíos celestes: "Estos no se contaminaron con las mujeres, pues son vírgenes". Y de hecho, en el cielo de nuestro Juan no hay ni una mujer. Pertenece, entonces a esta tendencia, que igualmente se manifiesta en otros escritos del cristianismo primitivo, que considera pecado el comercio sexual en general.

Si se tiene en cuenta además que a Roma llama la gran prostituida, con la cual han fornicado los reyes de la tierra y que embriagó con el vino de la prostitución los habitantes del mundo, y que los comerciantes de la tierra se enriquecieron con el exceso de su lujo, es imposible dar a las palabras de la epístola el sentido estricto que el apocalíptico teológico quisiera atribuirle con el único fin de obtener una confirmación para otros pasajes del Nuevo Testamento. Por lo demás, determinados pasajes señalan con claridad un fenómeno común a todas las épocas profundamente perturbadas, a saber, que al propio tiempo que se estremecen todas las barreras, se hacen menos tensos los lazos tradicionales del comercio sexual. En los primeros siglos del cristianismo, al lado del ascetismo que mortifica la carne, se manifiesta con frecuencia la tendencia encaminada a extender la libertad cristiana a las relaciones, más o menos desprovistas de obstáculos entre hombres y mujeres. Lo mismo ha acontecido en el movimiento socialista moderno.

¡Qué santa indignación no provocó después de 1830, en la Alemania de esos días —"Esa piadosa muchacha", como la llamada Heine—, la rehabilitación de la carne sansimoniana! La más indignada fue la gente aristócrata, (puesto que en 1830 no existían clases entre nosotros), y que en Berlín, al igual que en sus propiedades del campo, no sabían vivir sin una rehabilitación siempre reiterada de la carne. ¡Qué habrían dicho esas buenas gentes, si hubieran conocido a Fourier, el cual ponía en perspectiva para la carne muchas otras diabluras! Pasados estos utopismos, estas extravagancias fueron substituídas por nociones racionales y mucho más radicales en realidad. Y dado que la Alemania de la "piadosa muchacha de Heine ha pasa-

do a ser el centro del movimiento socialista, búrlase de la indignación hipócrita del mundo aristocrático.

Tal es todo el contenido dogmático de las epístolas. Acerca de los demás, excitan a los camaradas a la resuelta y valerosa propaganda de su fe ante los adversarios, y al combate sin tregua contra el enemigo, tanto de dentro como de fuera. En lo que se relaciona con estos extremos, muy bien hubiesen podido ser escritos por un entusiasta, aun sin ser profeta, de la Internacional.

### III

Las epístolas misivas no son sino la introducción al tema verdadero de la comunicación de nuestro Juan a las siete comunidades del Asia Menor, y con ellas a todo el judaísmo reformado del año de 69, del cual más tarde saliera la cristiandad. Y encontramos aquí en el santuario del cristianismo.

¿Entre qué gentes fueron reclutados los primeros cristianos? Entre los "caídos y oprimidos"? principalmente pertenecientes a las más bajas capas del pueblo, según conviene a un elemento revolucionario, y ¿de quiénes se componían estas capas? En las ciudades, de hombres libres, de degenerados de toda clase, de gentes semejantes a los *meanwhites* de los Estados esclavistas del Sur, de los aventureros y de los vagabundos europeos de las ciudades marítimas coloniales y chinas, de los libertados y de los esclavos en particular. En los latifundios de Italia, Sicilia y de Africa, de esclavos y en los distritos rurales de las provincias, de pequeños campesinos, siempre más esclavizados por las deudas. No existía una senda común de emancipación para elementos tan diversos. Para todos, el paraíso perdido se encontraba detrás de ellos. Para el hombre libre, degenerado, la POLIS, ciudad y estado a la vez para de la cual sus antepasados en otro tiempo habían sido ciudadanos libres, para los prisioneros de guerra, esclavos, la era de la libertad antes de la esclavitud y de la cautividad; para el pequeño aldeano, la sociedad gentil y la comunidad del suelo que veían

amulada. La mano de hierro del conquistador romano todo habíalo destruido.

El grupo social que estableció la antigüedad, fue la tribu y la confederación de las tribus emparentadas, agrupación basada, entre los bárbaros, por lazos de consanguinidad; entre los griegos, fundadores de ciudades, y los ITALIOTAS sobre la POLIS, comprendiendo una o diversas tribus, Felipe y Alejandro dieron a la península helénica la unidad política, pero de ella no resultó la formación de una nación griega. Las nacionalidades no fueron posibles hasta después de la caída del imperio mundial de Roma. Acabó esto de una vez para siempre con los grupos pequeños. La fuerza militar, la jurisdicción romana y la organización para la percepción de los impuestos disolvieron completamente la organización transmitida de épocas anteriores. A la pérdida de la independencia y de la organización particular, se sumó el pillaje realizado por las autoridades militares y civiles, las que comenzaban por despojar de sus tesoros a los sometidos para prestárselos de inmediato de nuevo, a fin de poderles estrujar de nuevo. El peso de los impuestos y la necesidad de dinero que originaban terminaban por arruinar a los labriegos e introduciendo una gran desproporción en las fronteras, esto es, dando más riquezas a los ricos y empobreciendo más y más a los pobres. Y era desesperada toda resistencia de las tribus pequeñas o de las ciudades al gigantesco poder de Roma. ¿Qué remedio quedaba, entonces, a los siervos y a los oprimidos, a los empobrecidos? ¿Qué solución común para estos grupos humanos diversos, de intereses distintos u opuestos? Precisaba, no obstante, encontrar uno, dado que un gran movimiento revolucionario los empujaba a todos.

Dicha solución fue encontrada, pero no en este mundo. En aquel estado de cosas, únicamente la religión podía ofrecerla. Se iniciaba un nuevo mundo. La existencia del alma después de la muerte corporal, habíase convertido paulatinamente en un artículo de fe, reconocido generalmente en el imperio romano. Además, en todas partes cada día era más admitida la existencia de penas y de recompensas para los muer-

tos, según las acciones cometidas durante su vida. A las recompensas, realmente se las concedía poco crédito. Por su naturaleza, la antigüedad era demasiado materialista para no conceder infinitamente más valor a la vida real que a la del reino de las sombras. Entre los griegos, la inmortalidad era considerada más bien como una desgracia.

Pero llegó el cristianismo, que tomó en serio las penas y las recompensas en el otro mundo, creando el cielo y el infierno, y ahí tenemos encontrado el camino para conducir al paraíso eterno a los caídos y oprimidos de este valle de lágrimas. En realidad, precisaba a la esperanza de una recompensa en ultratumba para llegar a elevar el reconocimiento al mundo del ascetismo estoico filoniano, en un principio ético fundamental de una religión nueva capaz de arrastrar a las masas oprimidas.

La muerte, sin embargo, no abre así no más este paraíso celeste a los fieles. Ya hemos de ver que este reino de Dios, del cual la nueva Jerusalén es la capital, conquista, solamente y se abre después de formidables luchas con las potencias infernales. Los primeros cristianos imponían estas luchas como inminentes.

Desde el principio, señala nuestro Juan su libro como revelación de lo que ha de ocurrir pronto; poco después, en el versículo 3, dice: "Bienaventurado el que lee y los que escuchan las palabras de esta profecía, pues el tiempo se halla próximo", a la comunidad de Filadelfia, Jesucristo hace que lo escriban; "Yo vendré PRONTO". Y en el último capítulo dice el ángel que ha manifestado a Juan "las cosas que han de ocurrir PRONTO", ordenándole que "no esconda las palabras de la profecía del libro, porque el tiempo se halla PROXIMO". Y el mismo Jesús por dos veces dice en los versículos 12 y 20: "Vendré pronto". A continuación vamos a ver cómo era esperado este bien pronto.

Todas las visiones apocalípticas que el autor hace pasar enseguida ante nuestros ojos son literalmente copiadas en su mayoría de modelos anteriores, en parte de los profetas clásicos del Antiguo Testamento, sobre todo de Ezequiel, en parte de los APOCALIPSIS

posteriores compuestos de acuerdo con el prototipo del libro de Henoch, conocido al menos en parte de aquella época.

Han demostrado los críticos hasta los menores detalles de donde nuestro Juan copió todas las imágenes, todos los pronósticos siniestros, todos los azotes infligidos a la incrédula humanidad, en una palabra, de donde extrajo los materiales para su libro. Demuestra igualmente, no sólo una pobreza de espíritu poco común, sino que él mismo proporcionaba la prueba de que sus pretendidas visiones y convulsiones no las vivió nunca, ni aún en la imaginación como las pintara.

Esta es, en breves palabras, la síntesis de tales apariciones. Juan ve a Dios sentado en su trono, sosteniendo en la mano un libro cerrado de siete sellos. Hállase enfrente el cordero (Jesús) como inmolado, pero nuevamente vivo, que ha creído prudente abrir los sellos. La apertura de los sellos es seguida de señales y de amenazadores peligros. Al quinto sello, percibe Juan bajo el altar de Dios las almas de los mártires que habían sido muertos por propagar la palabra divina, los cuales clamaban a grandes voces, diciendo: "Señor, ¿No juzgas aún ni vengas tampoco nuestra sangre con los que viven en la tierra?" Entrégale un vestido blanco a cada uno, induciéndoles a tener un poco más de paciencia aún, pues quedan todavía otros mártires que sacrificar.

No se trata aquí, pues, de la "religión del amor", del "amad a los que os odian", "benedicid a aquellos que os maldigan", etc. etc. Predicase aquí abiertamente la venganza, el odio, la honrada venganza de descargar contra los enemigos de los cristianos. Y lo mismo acontece en todas las páginas del libro. Cuando más próxima se halla la crisis, cuando más a menudo llueve del cielo azotes y juicios, más alegría experimenta nuestro Juan cuando anuncia que la mayor parte de los hombres no se arrepienten, que se oponen a hacer penitencia de sus pecados, que sobre ellos caerán nuevos azotes, que el Cristo ha de gobernarles con cetro de hierro y aplastarle con la cólera de Dios, y que, a pesar de todo, los incrédulos siguen obstinados. Tal

es el sentimiento natural, desprovisto de toda hipocresía, puesto que se halla en lucha y que EN LA GUERRA COMO EN LA GUERRA. Al abrir el séptimo sello, presentanse siete ángeles con trompetas; cada vez que un ángel toca, llegan nuevos horrores. Al séptimo toque de la trompeta aparecen en escena siete nuevos ángeles que llevan siete cálices de oro con la cólera de Dios, que son derramados sobre la tierra. Y nuevamente llueven azotes y juicios en fastidiosa repetición de cuanto ya se ha dicho cantidad de veces. Después se presenta la mujer de Babilonia, la gran prostituida, que viste de púrpura y escarlata, sentada sobre las aguas, embriagada con la sangre de los santos y de los mártires de Jesús. Es la gran ciudad cuyo imperio se extiende sobre los reyes de la tierra. Hállase asentada sobre una bestia de siete cabezas y de diez cuernos. Las siete cabezas son otras tantas montañas y también son siete "reyes". Cinco de éstos se encuentran caídos, uno está en pie y el séptimo debe llegar. Aparece luego un octavo, el cual estaba herido de muerte, pero que ha curado. Reinará este sobre la tierra cuarenta y dos meses, o sea, tres años y medio (la mitad de una semana de siete años cada una), perseguirá a los fieles hasta la muerte y hará triunfar a los profanos.

Enseguida se libra la gran batalla decisiva. Los santos y los mártires son vengados con la destrucción de Babilonia, la gran prostituida, y de todos sus partidarios, es decir, de la gran mayoría de los hombres. El diablo vése precipitado al abismo y allí es encadenado por mil años, durante los cuales reina el Cristo con los mártires resucitados. Transcurrido el milenio el diablo es desencadenado y en una postrera batalla de espectros es definitivamente vencido. Acontece una segunda resurrección, resucitan el resto de los muertos y comparecen ante el trono de Dios (no de Cristo, téngase en cuenta), y los fieles penetran en un nuevo cielo, en una nueva tierra y en una nueva Jerusalén, en la vida eterna, en fin. Del mismo modo que toda esta armazón está levantada con materiales exclusivamente judíos, pre-cristianos, así ofrece también, en forma casi exclusiva concepciones judías.

Desde que el pueblo de Israel empezó a hallarse en desgracia, es decir, desde que pasó a ser tributario de Asiria y de Babilonia hasta que fue sometido a los selúcidas, o sea desde Isaias hasta Daniel, en las horas de las tribulaciones se profetizó la venida de un salvador providencial. En el capítulo XII, 1, 3, de Daniel, hállase la profecía del descendimiento de Miguel, el ángel protector de los judíos que los libra de su esclavitud. "Resucitarán muchos muertos", habrá una especie de juicio final, "y los que hayan sufrido persecuciones de la justicia lucirán como estrellas para toda la eternidad". De cristiano se observa únicamente aquí la insistencia sobre la inminencia del reinado de Jesucristo y sobre la felicidad de los resucitados, de los mártires en particular.

A la crítica alemana, y en particular a Ewald, Lucke y Fernando Benary, debemos la interpretación de esta profecía, tanto más importante cuanto que se refiere a los acontecimientos de la época. Gracias a Renán penetró en otros círculos ajenos a los círculos teológicos.

Babilonia, la gran prostituida, significa, según se ha visto, la ciudad de las siete colinas. De la cabeza sobre la cual se encuentra sentada, dice (XVII, 9, 11): "Las siete cabezas son otras tantas montañas y también son siete reyes. Cinco de éstos hállanse caídos, uno cuenta en pie y el séptimo debe venir. Cuando llegue aquí, tendrá que esperar algún tiempo. Y la bestia que era, y no es, resulta el octavo rey, que procede de los siete, pero que se encuentra a punto de fenecer".

La bestia es, entonces, la dominación mundial de Roma, sucesivamente representada por siete emperadores, uno de los cuales fue herido de muerte y no reina ya, pero que fue curado y volverá con el fin de implantar el reinado de la blasfemia y de la rebelión contra dios, "siéndole dado hacer la guerra a los santos o fieles y vencerlos. Fuéle dada potestad sobre toda la tribu, lengua y nación, de modo que será adorado por todos los que viven sobre la tierra cuyos nombres no se hallan escritos en el libro del cordero".

"Y hacía que todos, grandes y pequeños, ricos y pobres, libres y esclavos, adoptaran una señal, o el nombre de la bestia, o el número de su nombre. Tal, la discreción. Que quien posee inteligencia cuente el número de bestias, pues es un número de hombres, y este número es seiscientos sesenta y seis".

Así vemos que el boycot aparece citado aquí como una medida a ser empleada por el poder romano contra los cristianos, que es, pues, manifiestamente una invención del diablo y pasemos ahora a la cuestión de saber quién es este emperador romano que ya reinó, que ha sido herido de muerte y que vuelve como octavo de la serie para hacer el papel de Anticristo.

Después de Augusto, 1, nos encontramos: Tiberio; 3, Calígula, 4, Claudio; 5, Nerón; 6, Galba. "Cinco cayeron; es él". A saber, Nerón ha caído ya. Es Galba. Galba reinó desde el 9 de junio del 68 hasta el 15 de enero del 69. Pero apenas se hubo sentado en el trono, las legiones del Rin se levantaron bajo Vitelio, mientras en otras provincias distintos generales prepararon sublevaciones militares. En la misma Roma sublevaron los pretorianos; dieron muerte a Galba y proclamaron emperador a Othón. De ello se desprende que nuestro APOCALIPSIS fue escrito bajo el reinado de Galba, indudablemente hacia el final de su reinado o cuando más tarde durante los tres meses (hasta el 15 de abril del 69) del reinado de Othón, el séptimo. Pero ¿quién es el octavo, que fue y ya no es? El número 666 lo pondrá de manifiesto.

Entre los semitas —caldeos y judíos— de esta época se hallaba muy en boga un arte mágico basado en el significado doble de las letras. Desde unos tres siglos antes de nuestra era, las letras hebraístas eran empleadas como cifras: a=1, b=2, c=3, d=4 y así sucesivamente. Luego, los adivinos cabalistas sumaban el total de los valores numéricos de las letras de un nombre, y con la suma total obtenida por la formación de palabras o de combinaciones de palabras de un mismo valor numérico que contenían las inducciones, trataban de prejulgar el porvenir de aquél a quien contenía el nombre. Paralelamente se expresaron palabras en esta lengua de cifras. Este arte tenía un

nombre griego, GHEMATRIAH (geometría), y los caldeos que lo ejercían como un oficio, a quienes Tácito designa como MATEMATICI fueron arrojados de Roma.

Justamente mediante esta matemática es como ha sido formado el número 666. Detrás de él se oculta el nombre de uno de los cinco emperadores romanos. Ireneo conocía a fines del siglo II, además del número 66, la variante del 616, que databa también de una fecha en que el enigma de las cifras aun era conocido. Si la solución responde igualmente a los dos números, es cierta.

Fernando Benary ha encontrado esta solución. El nombre es Nerón. El número se halla fundado en las palabras Nerón Kesar, la transcripción hebraica, según lo confirman el Talmud y las inscripciones palmarianas del griego Nerón Kaisar, Nerón emperador, que lleva inscrito en la moneda de Nerón acuñada en las provincias del Este del Imperio. Así: no (Núm) = 50, r (rech) = 200, V (vav) por 0 = 6, n (Núm) = 50, R (Raph) = 100, s (samech) = 60 y r (rech) = 200; total 666. Luego, tomando por base la forma latina. Nero Cesar, la segunda n (númer) queda suprimida, y obtendremos: 666 - 50 = 616, la variante de Ireneo.

Efectivamente, el imperio romano estaba en tiempos de Galba en constante desorden. Galba mismo, al frente de las legiones de España y de Galia, había marchado sobre Roma para destronar a Nerón quien huyó y se hizo dar muerte por un liberto. Conspiraban contra Galba, no sólo los pretorianos de Roma, sino también los comandantes de las provincias. En todas partes aparecían pretendientes al trono haciendo preparativos para dirigirse sobre la capital. El Imperio se encontraba abocado a una guerra intestina; su caída parecía inminente. Para colmo, se difundió el rumor de que Nerón no había muerto sino que se había refugiado entre los parthos y que pasaría el Eufrates y llegaría con un fuerte ejército para inaugurar un nuevo reinado y más sangriento de terror. A causa de tal rumor, el Asia y el Acaya fueron particularmente puestos en conmoción.

Y precisamente en el instante en que el APOCALIPSIS ha debido ser compuesto apareció un falso Nerón, que se estableció en la isla de Cinos, la moderna Thermia, en el mar Egeo, próxima a Patmos, en el Asia Menor, hasta que fue muerto en tiempos de Othón. ¿Qué tiene de extraño que entre los cristianos, blanco de las primeras grandes persecuciones de Nerón, se difundiese la idea de que debía volver como Anticristo, que su vuelta y una nueva y más seria tentativa de exterminio de la joven secta serían el preludio de la venida de Cristo, de la gran batalla victoriosa contra las potencias del infierno del reino de mil años "pronto" a establecer, y cuya cierta venida hizo que los mártires fuesen contentos a la muerte?

La literatura cristiana de los dos primeros siglos guarda bastantes indicios de que el secreto del número 666 era conocido entonces de gran número de personas. Ireneo, que los ignoraba, sabía, por el contrario, como muchos otros que vivieron hasta fines del siglo III que la bestia del Apocalipsis significaba Nerón, quien volvería. Después, se pierde esta última huella, y nuestro Apocalipsis es entregado a la fantástica interpretación de adivinos ortodoxos. Yo mismo he conocido ancianos que, según los cálculos de Juan Albrecht Bengel, esperaban el juicio final para el año 1836. La profecía se realizó al pie de la letra. Sólo que el juicio final no alcanzaba al mundo de los pecadores, sino a los intérpretes piadosos del mismo APOCALIPSIS, pues en este mismo año de 1836, F. Benary proporcionó la clave del número 666 y puso término a todo ese cálculo de adivinaciones, a este nuevo GHEMATRIAH.

Del reino celeste, reservado a los fieles, nuestro Juan ofrécenos solamente una descripción del exterior. Según las nociones de la época, la nueva Jerusalén se halla construida sobre una llanura bastante extensa; un cuadro de 1,200 estadios cuadrados = 2,227 kilómetros (más de la mitad de los Estados Unidos de América), edificado en oro y piedras preciosas. Dios vive allí en medio de los suyos, a quien alumbraba en lugar del radiante sol. La muerte no es conocida; no hay

dolores, clamores, ni trabajo. Junto a la ciudad corre un río de agua en cuyas orillas crece el árbol de la vida, que produce doce frutos; uno cada mes. Las hojas del árbol son "para la salud de los gentiles". Allí viven los santos por los siglos de los siglos.

Así, de esa manera estaba formado el cristianismo en su antesala el Asia menor, hacia el año 68, en lo que del mismo conocemos. En él no hay indicio alguno de una trinidad; está solamente el viejo Jehovah, uno e indivisible, del Judaísmo decadente, de donde se eleva del Dios nacional judío al único, al primer Dios del cielo y de la tierra, donde pretende dominar sobre todos los pueblos, prometiendo la gracia a los que se convierten y el exterminio sin misericordia a los rebeldes, fiel en este sentido al antiguo **PARCERE SUBJECTIS AC DEBELLARE SUPERBUS**. También es este mismo Dios quien preside el juicio final, y no es Jesucristo, como en los relatos ulteriores de los Evangelios y Epístolas. Conforme a la doctrina persa de la emancipación conocida como del judaísmo decadente, Cristo es el cordero que emana de Dios de toda eternidad, lo mismo que "los siete espíritus de Dios", aunque ocupando ahora un rango inferior. Deben estos espíritus su existencia a un pasaje poético mal interpretado (Isaías, xi, 2). No son Dios ni iguales a él, sino que están sometidos a él. El cordero se ofrece en forma espontánea al sacrificio expiatorio, para los pecados del mundo, y por este elevado hecho se ve promovido de grado en el cielo. En todo el libro, este sacrificio le es considerado como un acto extraordinario, y no como una acción impetuosa con necesidad de lo más profundo de su ser. En toda la corte celestial de los antiguos hay siempre ángeles, santos y querubines.

Para poder constituirse en religión, el monoteísmo en todo tiempo, a partir del Zendavesta, debió hacer concesiones al politeísmo. Entre los judíos, la conversión de los dioses paganos y sensuales, persiste en estado crónico hasta que, después del detierro, la corte celestial, modelada sobre el tipo persa, acomoda la religión algo mejor a la imaginación popular. El mismo cristianismo, aún mismo después de que sub-

tituyó el culto al inmutable Dios de los Judíos por el misterioso Trinitario, diferenciado en sí mismo, solo pudo suplantar el culto de los antiguos dioses entre las masas por el de los santos. El culto de Júpiter, según Fallmerayer, no se extinguió en el Peloponeso, en la Maina y en Arcadia hasta el siglo IX (Histoire de la Peninsule de la Moirée, I, pág. 227). Unicamente la era burguesa moderna y su protestantismo separan los santos a su vez y toman en serio el monoteísmo.

Pero nuestro APOCALIPSIS no conocía el dogma del pecado original ni la justificación por la fe. La fe de dichas primeras comunidades, de temperamento belicoso, jovial, difiere totalmente del de la iglesia triunfante posterior. Al lado del sacrificio expiatorio del cordero, la próxima llegada de Cristo y la inminencia del reinado milenarico constituyen el contenido esencial. Y lo que se manifiesta en ella es la activa propaganda, la lucha sin tregua contra el enemigo de dentro y de fuera, la confesión altiva de sus convicciones revolucionarias ante los jueces paganos, el martirio sufrido con valor ante la certidumbre de la victoria.

Tal como hemos visto, el autor no sospecha sino que sea el judío. En consecuencia, en su libro no alude al bautismo. También hay indicios que hacen suponer que el bautismo es una institución del segundo período cristiano. Los 144,000 judíos creyentes son "marcados", no bautizados. Juan dice de los santos del cielo: "son los que lavaron sus ropas con la sangre del cordero", no habla ni una palabra del bautismo. Los dos profetas que preceden a la aparición del Anticristo (C. VI) tampoco bautizan, y en el capítulo XIX, 10, no es el bautismo la manifestación de Jesús, sino es espíritu de la profecía. A poco que estuviese instituido el bautismo, era natural que se hablara de él en todas estas circunstancias. Podemos deducir, pues, casi con certeza, que Juan no conocía el bautismo, y que éste no fue introducido hasta que los cristianos se separaron definitivamente de los judíos.

Ignora asimismo nuestro autor el segundo sacramento, la eucaristía. Si en el texto de Lutero, Cristo

promete a todo tianitiano que perseverase en la fe, entrar en su casa y hacer la primera comunión, con él, ello es debido a una falsa interpretación. En el griego se lee DEIPNESO, yo cenaría (con él), y la palabra es correctamente vertida así en las biblias inglesa y francesa. De la Cena, como festín conmemorativo, no hablaremos aquí.

Dicho libro, con su fecha tan singularmente auténtica, es sin duda el más antiguo de toda la literatura cristiana. Ningún otro hállase escrito en una lengua tan bárbara, donde abundan los hebraísmos, las construcciones inverosímiles y las faltas gramaticales. Unicamente los teólogos de profesión u otros historiógrafos interesados pueden negar que los Evangelios y los Actos de los Apóstoles, son recomposiciones tardías de escritos ya desaparecidos, en los cuales no se descubre la menor base histórica; que las tres o cuatro cartas apostólicas, aun reconocidas como auténticas por la escuela de Tubinga, no representan tampoco, después del penetrante análisis de Bruno Bauer, sino escritos de una época posterior, o, en el mejor caso, composiciones más antiguas de autores ignorados, enmendadas y embellecidas mediante gran número de adiciones.

Para nosotros importa poseer en esta obra, cuyo período de redacción permite quedar establecido en la breve diferencia de un mes, un libro que nos presenta el cristianismo bajo su forma más rudimentaria, bajo la forma comparada con la religión del estado del siglo IV, terminada de elaborar, con su dogmatismo y su mitología aun vacilante de los germanos de Tácito, presentaba la mitología de Edda, plenamente elaborada bajo la influencia de antiguos elementos cristianos. El germen de la religión universal se halla allí, pero contiene indistintamente las mil posibilidades de desenvolvimiento que se manifiestan en las innumerables sectas ulteriores. Este trozo más antiguo del cristianismo, que tiene para nosotros un valor particular, nos demuestra en su integridad lo que el judaísmo bajo la poderosa influencia de Alejandría —hiciera para el cristianismo. Lo demás es acción occidental greco-romana. Fue necesaria la mediación de

la religión judía monoteísta para hacer revestir al monoteísmo erudito de la filosofía vulgar griega la única forma bajo la cual podía propagarse entre las masas. Solamente cuando se haya descubierto esta mediación podrá convertirse en religión universal en el mundo greco-romano, continuando desenvolviéndose para fundirse en el sistema de ideas donde se agitaba aquel mundo.

## **la teoría marxista del conocimiento**

**En este tomo se incluye también el excelente trabajo de Federico Engels: "El Cristianismo Primitivo", obligada obra de consulta sobre el origen y desarrollo del Cristianismo.**

